10

BASES DE LA HISTORIA URUGUAYA



LOS PARTIDOS TRADICIONALES EN EL SIGLO XX

Antonio Souto
y Juan Pedro Toni

DIRECCION GRAL.: MILTON SCHINCA
EDICIONES: "las bases"

NS 245

Noticia de los autores: Antonio Souto y Juan Pedro Toni son egresados del Instituto de Profesores "Artigas" y ejercen la docencia en liceos de Montevideo e Interior.

Dirección: **Milton Schinca**
Coordinación: **Alejandro Schinca**
Realización gráfica: **Cibils**
Ediciones: "las bases"
Sarandí 356 Esc. 11. Teléfono: 95 68 46
Queda hecho el depósito que marca la ley.

En la elaboración del Plan de esta colección colaboraron los profesores **Andrea Daverio, Roger Geymonat, Cristina Martínez, Rodolfo Porrini, Cecilia Revello, Alejandro Sánchez, Alexis Schol, Carlos Alcoba.**

LOS PARTIDOS TRADICIONALES EN ESTE SIGLO Y EL FUTURO DEL PAIS

Si bien en el siglo XX aparecen en el país los denominados "partidos de ideas", y en particular los de izquierda (que serán estudiados en el Fascículo 12), no hay duda de que, durante los 73 años de este siglo que aquí consideramos, imperó en el país el bipartidismo basado en el predominio claro de blancos y colorados; predominio tanto cuantitativo (hasta las elecciones de 1971 ambos representaron alrededor del 90% del electorado), como atendiendo al peso y gravitación que tuvieron en los negocios públicos. De ahí la necesidad de dedicarles un fascículo completo donde se exponga y analice su actuación.

Imposible desconocer la importancia decisiva del papel que jugaron blancos y colorados en nuestra historia del sigo XX, como la del anterior.

Discrepemos o comulguemos con ellos, no hay duda de que constituyen la espina dorsal del acontecer histórico uruguayo a lo largo de los 160 años que llevamos de vida independiente, y su gravitación absorbente ha empezado a verse cuestionada recién de una década y media a esta parte, con la aparición de una tercera corriente de real entidad. Por eso importa tanto analizar la trayectoria de colorados y blancos en este siglo, con el fin de poder enjuiciar lúcidamente lo que significaron y aportaron de positivo y negativo en la marcha del país. No es nada fácil cumplir esta tarea con ecuanimidad y sin apasionamiento, desde que todos estamos de alguna manera comprometidos en ese juicio, sea éste adverso o adicto. Por eso, de lo que se trata por sobre todo es de apoyarse en la exposición de los hechos y factores que condicionaron la actuación pública de ambos partidos tradicionales y así poder desprender conclusiones que nos orienten con el máximo fundamento en una toma de posición indispensable. Pues, como siempre ocurre en la historia, el examen del pasado debe servirnos para nuestras posturas del presente.

Vislumbrar hacia dónde rumbean hoy esos partidos y qué puede esperar de ellos el país, constituye una de las claves del futuro uruguayo. Buena parte de la respuesta la encontraremos en su pasada actuación, siempre que pongamos el énfasis en el significado medular de cuanto hicieron, y no en su cáscara, y menos aun en el mero anecdotario pintoresquista. Tal lo que se han propuesto en su exposición, los autores de este trabajo.

INDICE

I - LOS DOS BANDOS TRADICIONALES SE TRANSFORMAN EN PARTIDOS MODERNOS

Pudimos comprobar en el fascículo anterior, al estudiar a los partidos colorado y blanco en el siglo XIX, que resultaba incorrecto aplicarles el calificativo de "partidos", al menos en el sentido con que modernamente se entiende este término. Su escasa organización, su carácter mas bien espontáneo, impulsivo y caudillista, nos inclinaban a hablar de "bandos" antes que de partidos propiamente dichos.

Veremos enseguida cómo el tránsito del siglo XIX al XX coincidió con una profunda transformación del carácter de aquellos "bandos" en pocos años, y por la conjugación de una serie de factores, los veremos convertirse, gradualmente en verdaderos partidos modernos. Ello no fue, por cierto, casual, sino que constituyó el reflejo de un profundo cambio en el país, que en este comienzo del siglo XX pasó por una serie de transformaciones en el plano social y económico, que naturalmente se vieron reflejadas en las estructuras y formas políticas.

Estas transformaciones de nuestras organizaciones partidarias al comenzar el siglo XX, no pueden dejar de vincularse estrechamente con la obra de don José Batlle y Ordóñez, quien como sabemos se mostró extraordinariamente receptivo a los nuevos vientos que soplaban en el país, y que procuró actualizar el funcionamiento de nuestro sistema de partidos, y en particular la naturaleza de su Partido Colorado que él lideraba.

UNA MODERNIZACION RELATIVA

Conviene señalar desde un principio que esa modernización del país (y de los partidos, por consiguiente) debe ser vista con cierta cautela, porque tuvo entre nosotros un carácter muy particular: no siempre lo nuevo desalojó por completo a lo tradicional.

En efecto, las innovaciones introducidas por Batlle dentro del Partido Colorado dejaron subsistentes numerosos elementos tradicionales que coexistieron con la modernización. Así, ha podido afirmarse con verdadera propiedad que "el odre viejo se llenó de vino nuevo", (Barrán y Nahum), y que fue un mérito de Batlle "haber logrado insuflar dentro de los cuadros de un viejo partido histórico (...) un contenido doctrinario unívoco, moderno, viable" (Real de Azúa). Pero este mismo autor señala el límite de esa modernización por ser sólo relativa: "la subsistencia de la vieja envoltura no dejaba de implicar una ambigüedad", que se reflejará ciertamente en la obra del batllismo.

1. La herencia del siglo XIX.

Nos parece útil recordar en este momento ciertos rasgos que caracterizaron a los "bandos" colorado y blanco desde su nacimiento.

PERFILES TRADICIONALES QUE NO SE PERDIERON

*** Peso de la tradición. Un rasgo distintivo por igual de blanco s y colorados en el siglo XIX, fue la carga emotiva con que ambos recogieron el pasado: culto de los primeros caudillos y conductores, recuerdos de hechos gloriosos o de martirios sufridos a manos del adversario, (como el de los mártires de Quinteros o los inmolados en Paysandú). Esa carga tradicional animó con extraordinaria fuerza la vida emocional de los dos bandos y significó un factor fundamental de la adhesión colectiva, también en nuestro siglo.**



Batlle recibe por primera vez la banda presidencial. Pronto comenzará su reforma partidaria.

• Policlasismo. Desde un comienzo vimos que los dos bandos contaron con partidarios que provenían de los más variados sectores sociales, desde los más encumbrados y pudientes hasta los más miserables y desposeídos. El influjo de la divisa operó, pues, por encima de divisiones sociales y prácticamente las ignoró.

• Predominio de la lucha política. En todo el siglo pasado la lucha entre los dos bandos adversarios tuvo, ostensiblemente, un carácter político mucho más que social. Se peleó por la pureza electoral, contra la corrupción administrativa, en favor de determinada cuota de poder que reclamaba el bando minoritario, etc.; rara vez pesaron las reivindicaciones sociales, que recién adquirirán real importancia en el siglo XX, pero sin opacar nunca la tónica política predominante en el enfrentamiento de blancos y colorados.

• Partido urbano y partido rural. Ya sabemos que no es posible asimilar a uno y otro bando con el mundo rural o con el mundo urbano, desde que los dos se nutrieron y operaron tanto en un escenario como en el otro; pero no puede desconocerse que el Partido Colorado tuvo desde la Guerra Grande una base más acentuada en las ciudades, mientras que el Blanco predominó en el campo; característica que, en líneas generales ha perdurado hasta hoy, aunque en forma cada vez más atenuada.

LOS BANDOS Y LA REALIDAD ELECTORAL

Importa recordar también que en el siglo pasado, en sus últimas décadas particularmente, el sistema electoral favoreció fuertemente al Partido Colorado y aseguró su continuidad en el poder (factor que obligó a los blancos a adoptar una y otra vez el camino de las revoluciones). Ese predominio colorado, como se vió en el fascículo anterior, se asentaba en buena medida en el fraude más o menos disimulado, pero también se vio facilitado por la sorprendente pequeñez del número de inscriptos en el Registro Cívico. Por ejemplo, en 1889, en un Montevideo con 222.000 habitantes, solo estaban habilitados para votar... ¡14.000 personas! ¿Cómo se explica tan ínfima participación electoral? Barrán y Nahum indican que la mitad de esos 222.000 habitantes no votaba por ser femenina, y otra buena parte por ser menor de 20 años. De los varones mayores de esa edad (67.571), 53.109 eran extranjeros...

EL ESTADO Y EL PARTIDO

Conviene tomar en cuenta, por último, un elemento que también tuvo su origen en el siglo pasado, y que se acentuó fuertemente con Batlle. Concluido el período militarista de Latorre, la vuelta al civilismo (y al partidismo) comenzó a producirse durante la presidencia de Santos (fascículo 4); y ya en ese momento se ven aparecer claros signos de identificación entre el aparato estatal y el partido gobernante (que lo fue desde entonces el Colorado). El ejercicio continuado del poder sirvió para acentuar esa identificación, al punto de que en nuestro siglo, se llegó a calificar al batllismo como "el partido del Estado".

2. Batlle introduce un nuevo concepto de partido y de vida partidaria.

La obra transformadora de Batlle en el plano de la organización partidaria no queda desmerecida por el hecho de que muchas de sus raíces se encontraban ya en el siglo XIX. Señalábamos recién un rasgo: el ascenso del papel del Estado y su identificación con el partido de gobierno. Agregamos otro: la profesionalización de la dirigencia política, que se observó en el Partido Colorado a partir de 1870 aproximadamente y que prosiguió sin interrupción. Asimismo, la concepción del Estado empresario, tan característico del primer batllismo, encuentra antecedentes a partir de la crisis de 1890; y la del Estado como amortiguador de los conflictos sociales puede tener una lejana raíz en la gestión de Rivera en 1831 ante el problema de la tierra. Quizás el rasgo que puede considerarse más original de Batlle fue la visión de un Estado interventor popular.

En suma, que la modernización de los partidos, tal como señalan Barrán y Nahum, "no fue un salto desde el vacío, sino un salto desde la historia, desde el rico pasado del Uruguay".

BATLLE FUE UN HOMBRE DE PARTIDO

Si bien las transformaciones que iremos viendo, introducidas por Batlle en el Partido Colorado, repercutieron en el sistema político uruguayo (y Batlle percibió con perfecta lucidez que sus cambios iban más allá de su propio partido), no puede desconocerse que su gestión transformadora tuvo un marcado tinte colorado, es decir partidista.

Recordemos que cuando llegó al poder en 1903, el Partido Colorado gobernaba sin interrupción desde hacía varias décadas (revolución de Flores). Batlle heredó un partido sin organización y con una estructura elitista. Los partidos renacían en cada víspera electoral, para luego quedar como en una especie de "hibernación" hasta el comicio siguiente. Batlle procuró modificar estas características, pero actuando siempre desde una perspectiva colorada. Por más que hubiera sido opositor a Julio Herrera y Obes y a Idiarte Borda –ambos presidentes colorados–, tuvo una poderosa conciencia de pertenecer al Partido Colorado, al que consideraba siempre por encima de las divergencias internas, principalmente cuando se trataba de enfrentar levantamientos blancos. Y es por temor a un posible crecimiento del poderío del Partido Nacional, que Batlle impulsó la reorganización de su partido. Estaba convencido de que el Partido Colorado "debía recuperar su prestigio" para que el país pudiera entrar en una era que él caracterizaba como



de "verdad institucional, de fecunda libertad, de orden y de sólido e ilustrado progreso".

Frente a la falta de estructura del Partido Colorado en 1903, el electo Presidente de la República, se convirtió en su orientador natural, ya que su influencia era decisiva para los nombramientos de candidatos y Jefes Políticos; y Batlle utilizó ese poder para propiciar numerosos cambios en la organización partidaria.

BATLLE FUNDA EL CLUB POLITICO

Una de sus primeras preocupaciones fue promover la participación ciudadana en la vida política, tan decaída según se vio. Recurrió para ello al novedoso mecanismo de los clubes seccionales. Iniciativa suya (por más que ya había habido clubes nacionalistas antes de la Revolución de 1897). Ya en 1893, los miembros del Partido orientado por Batlle, reunidos en el Teatro Politeama Oriental, emitieron una declración que establecía, en su artículo 4to., que siendo el Partido Colorado una colectividad liberal y republicana, cualquier ciudadano tenía derecho a la organización de un club seccional, fijándose un mínimo de diez personas como iniciadoras del mismo. Los cometidos del club político, en la concepción inicial de Batlle, eran divulgar entre sus adherentes el enfoque político básico, así como imbuirlos de la tradición histórica de su partido. Debía impulsar la politización de los ciudadanos ("escuela ciudadana", se los llamó), activar la participación política, reclutar líderes y transmitir la ideología. Pronto veremos cómo el club se fue desvirtuando en la práctica hasta convertirse en una especie de centro de reclutamiento electoral, y más adelante –peor aun– en una oficina de otorgamiento de prebendas (empleos públicos, jubilaciones a cambio del voto, influencias dentro de la compleja burocracia uruguaya, etc.). (Véase Anexo al final)

AUTORIDADES Y ORGANOS PARTIDARIOS

Esta estructura partidaria a nivel de base (como diríamos hoy), que se extendió como una red por las distintas seccionales de la ciudad, tenía un escalón superior en el andamiaje partidario: los clubes elegían lo que se llamó Comité Departamental. Este, a su vez, dependía del Comité Ejecutivo Nacional, en tanto que la autoridad máxima del Partido correspondía a la denominada Convención, organo encargado de impartir las directivas a seguir por los representantes del Partido en los distintos niveles del gobierno. Todas las autoridades partidarias se elegían democráticamente.

LA POPULARIZACION DEL DIARIO

De modo coherente con esta preocupación de Batlle por incorporar al ciudadano a la vida política activa y despertar su conciencia y responsabilidad cívicas, tuvo lugar por aquellos años del Novecientos un cambio en la relación entre los órganos de prensa y el lector. En los primeros tramos del siglo, Batlle procuró quitarle a su diario "El Día" el carácter elitista que hasta entonces había tenido el periodismo político, adoptando con ese fin algunas medidas reveladoras: eliminó a los suscriptores, impulsó la distribución del diario en los más apartados rincones de la ciudad a fin de facilitar su llegada a un número mayor de ciudadanos, y estableció un precio de venta muy bajo para la época ("un vintén"), que lo ponía al alcance de lectores de escasos recursos.

EL PARTIDO DE MASAS SE ORGANIZA

Batlle percibió con particular lucidez que nuestro país había entrado, junto con el siglo XX, en un período histórico donde las masas adquirirían un papel protagónico, por lo que resultaba indispensable que los partidos políticos fueran capaces de encauzarlas. No es casual, en este sentido, que Batlle le haya prestado tan acentuada atención a difundir la instrucción en todos sus niveles, así como a incorporar a la vida nacional a las vastas oleadas inmigratorias recién llegadas al país, al tiempo que prestaba oídos a los reclamos y aspiraciones de los sectores asalariados, y hasta era capaz de recoger nuevos conceptos y lenguajes que expresaban las inquietudes de estos sectores.

3. También se organiza el Partido Nacional.

Las transformaciones operadas dentro del Partido Colorado obligaron a introducir cambios más o menos equivalentes en las estructuras y orientación del partido adversario. De ese modo, la modernización partidaria impulsada por Batlle arrastró consigo un cambio visible en el sistema mismo de partidos; no porque el líder colorado estimulara esos cambios –ya que, como vimos, actuó con un exclusivista tinte partidario–, sino porque el Partido



Hacia la organización de un partido de masas.

Nacional se vio obligado a adaptarse a la nueva realidad que el batllismo traía consigo, si no quería perder posiciones.

LOS BLANCOS DESPUES DE SU ULTIMA REVOLUCION

La muerte de Aparicio Saravia luego de Masoller clausuró la etapa de las Guerras Civiles. El vencedor, Batlle, no intentó la efectiva integración del Partido Nacional al nuevo orden político que se estaba creando en el país. Al contrario, recurrió a múltiples formas para hacer pesar "la dura ley del vencedor" (Real de Azúa), y se mostró reacio a conceder la representación proporcional y efectivas garantías electorales a la minoría. En esas condiciones, el Partido Nacional se vio obligado a enfrentarse con Batlle y a combatirlo con sus propias armas.

Pero también pesaron razones más de fondo. Batlle le había impreso a su partido un fuerte impulso reformista y de avanzada para la época. En cambio, predominaba en el Partido Nacional un poderoso sector constituido por grandes comerciantes, estancieros, banqueros, quienes temerosos del rumbo que tomaba el reformismo batllista, procuraron cerrarle el paso a través de la confrontación política. (Barrán y Nahum señalan que el 53.50% de la dirigencia blanca pertenecía a lo más granado de las clases conservadoras tradicionales: estancia, banca, alto comercio y servicios al capital extranjero).

Un llamado a los conservadores

..Decía por aquellos días el diario blanco "La Democracia": "La ley de 8 horas, los monopolios, la reforma constitucional presidida por un espíritu generoso, buscan hacer alardes de avancismo (...) Frente a la agresión, debe alzarse una fuerza de resistencia".



DOS MANERAS DE OPONERSE A BATLLE

Pero frente a esta alarma de los sectores conservadores, el apoyo dentro del Partido Nacional no fue unánime. Es que no se había definido aún la pugna interna entre dos concepciones diferentes: la de los llamados "conservadores" o evolucionistas, y la de los denominados "radicales".

Estos últimos, cuyos elementos más distinguidos eran Martín Aguirre y Basilio Muñoz, entendían que debía persistirse en el empeño de derrotar a Batlle en el plano militar. En cambio, los evolucionistas o conservadores se mostraban convencidos de que la vía armada había sido enterrada definitivamente con la muerte de Aparicio Saravia, y que para frenar el reformismo de Batlle era imprescindible renunciar al desorden, a la "anarquía", a los levantamientos armados. Esta táctica era sostenida por una de las tres organizaciones dirigentes, el Directorio, que en aquel tiempo compartía la conducción del Partido Nacional con la Convención y el Colegio Elector; y las dos posturas contrarias dieron lugar a intensas pugnas en el seno de los tres órganos dirigentes.

LA URGENCIA POR REFORMARSE

Los blancos tenían claro que al Partido le resultaba indispensable recuperar a corto plazo el prestigio afectado por la derrota de 1904, tanto como las posiciones políticas que a partir de 1872 había costado tanto arrancarles a las dirigencias coloradas, y que se habían perdido. Por ejemplo, las Jefaturas Policías del Interior. Y al mismo tiempo era indispensable insistir en asegurarse instrumentos legales que le permitieran al Partido Nacional obtener una representación política acorde con su caudal electoral real.

Ello suponía movilizar a la ciudadanía blanca en las ciudades y en el campo; sobre todo en este último, baluarte tradicional del partido. Pero esto implicaba a su vez cambiarle la estructura para que dejara de ser de conducción elitista (un conjunto de notables, los "doctores") y se convirtiera en un genuino partido de masas.

TRADICION Y CAUDILLISMO BLANCOS

¿Pero cómo lograr el aglutinamiento político de esas masas? La base ideológica del Partido Nacional era por demás endeble en ese momento. No quedó otro camino que recurrir al reforzamiento de dos tendencias características de los blancos desde sus orígenes: el apego emotivo a la tradición y el apoyo a un caudillo nacional capaz de asegurar la adhesión personal de las muchedumbres. Muerto en batalla Aparicio Saravia, el Partido Nacional encontró poco después una figura capaz de sustituirlo, convirtiéndose en el líder carismático y ascendente que encarnara la oposición a Batlle: Luis Alberto de Herrera.

De esa manera, merced a la propia dinámica de los hechos político-partidarios que se venían desarrollando en el país, el Partido Nacional se vio obligado a acompasarse a los cambios que había impuesto al suyo José Batlle y Ordóñez, debiendo imitar algunas de sus fórmulas organizativas y ajustar sus prácticas, aunque sin perder los acentos distintivos de su peculiar estilo de actuación.

El primer edificio donde funcionó el diario "El Día".

4. Los dos partidos y la cuestión social.

Señalábamos hace un momento que durante el siglo XIX, la temática en torno a la cual se movieron los dos partidos o bandos fue más que nada política y raramente social. Al iniciarse el siglo XX ocurre un fenómeno que ya mostráramos, y que modificará sustancialmente esa temática común: la modernidad trajo consigo la irrupción de un proletariado moderno, al tiempo que la corriente inmigratoria venida de Europa aportaba nuevas concepciones e ideologías que pusieron en primer plano la denominada "cuestión social". Por cierto que ninguno de los dos partidos tradicionales pudieron permanecer ajenos a esta nueva realidad, y ello condicionó un cambio en su óptica y en su lenguaje, aunque con los matices diferenciales que anotaremos.

AVANCISTAS Y CONSERVADORES

Ya sabemos que el Batllismo, imbuido de las ideas de su conductor, se mostró particularmente sensible a la temática social y orientó su "progresismo" en vistas a resolver muchos de los problemas más acuciantes de las clases trabajadoras, especialmente urbanas. En cambio vimos también el tinte marcadamente conservador que por esos días caracterizaba al Partido Nacional, o al menos a sus principales núcleos dirigentes. Sin embargo, sería incurrir en grave esquematismo atribuirle al Partido Colorado en bloque una actitud progresista y al Partido Nacional en su conjunto una postura retrógrada en el plano social. En rigor, en ambos partidos se dibujaron tendencias reformistas y tendencias conservadoras que pugnaron entre sí y que incluso buscaron aproximaciones con las corrientes afines del partido adversario, según veremos pronto (recordar fascículos 5 y 6).

LA DOBLE FISONOMIA SOCIAL DE AMBOS PARTIDOS

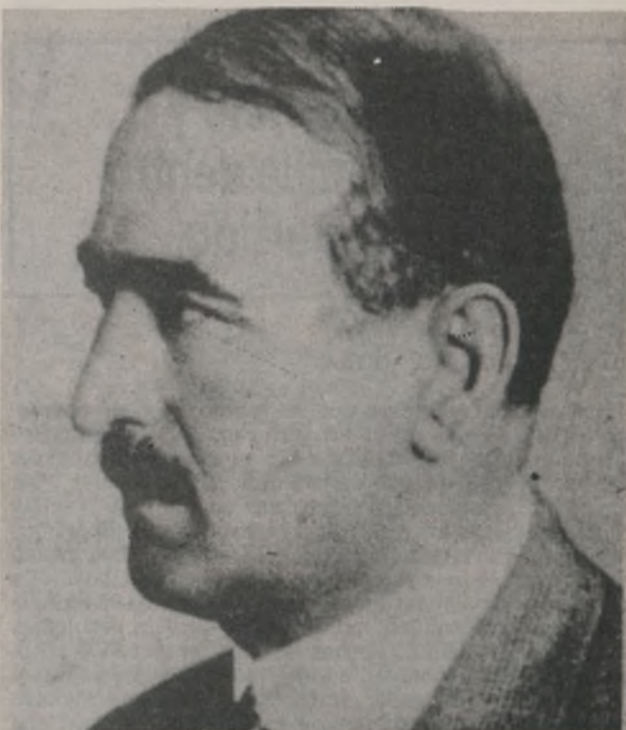
La explicación de que coexistieran en los dos partidos esas dos posturas contrarias ante la cuestión social, debe buscarse en que, como ya anotáramos, ambas corrientes fueron desde el principio partidos policlasistas, que albergaron en su seno representantes de todos los estratos sociales: imposible, pues, identificar a uno u otro con determinada clase.

En tanto que, por un lado, los sectores medios y bajos fueron "fácilmente atraídos por estas organizaciones amorfas, que sólo piden un cierto grado de adhesión electoral" y que poseen un fuerte contenido emocional enraizado en la tradición, los sectores altos utilizaron a los partidos como vehículos para ganarse el apoyo de los sectores bajos en su beneficio, operando como verdaderos grupos de presión.

Pero debe insistirse en que ambos partidos carecieron de una exclusiva definición social: a los dos se los vio adoptar actitudes conservadoras o liberales, según los temas.



El doctor Domingo Arena impulsó desde el Parlamento una legislación obrerista.





La derrota de los blancos en Masoller contribuyó a cambiar la vida interna de nuestros dos partidos.

El doctor Pedro Manini Ríos encabezó la oposición colorada a Batlle.

II - QUE REACCIONES PROVOCO EN LOS DOS PARTIDOS EL REFORMISMO DE BATLLE (1905-1916)

Ya pudo verse en el Fascículo 5 que la obra reformadora de Batlle despertó pronto reacciones adversas y promovió una enconada oposición. Pero conviene recordar que la línea divisoria entre quienes apoyaron y combatieron el reformismo, no coincide en absoluto con la que separa a los dos grandes partidos. Batlle, presidente colorado (no se hablaba todavía de batllismo), no encontró sólo la oposición del partido blanco, sino que, como sabemos, también dentro de su propio conglomerado político aparecieron fuertes reacciones contrarias. Y como era de prever, no pasó demasiado tiempo sin que, sus opositores de uno y otro partido, indistintamente, conjugaran una activa y enconada lucha contra el "avancismo" de don Pepe.

1. Cómo fue visto y combatido Batlle dentro de su propio Partido.

LA JUSTIFICADA ALARMA CONSERVADORA

Razones sobraron para que los sectores conservadores, tanto blancos como colorados, miraran con recelo el reformismo de Batlle. El batllismo se empeñó en identificarse con la defensa de los desposeídos, en particular "los obreros". Se presentaba como un partido que buscaba "consagraciones progresistas y renovadoras", cuyo único objetivo era "reparar injusticias". Barrán y Nahum han cuantificado la importancia que el batllismo atribuyó a la temática social: mientras que en el período 1886-90 no se le dedicó "tiempo político" en las Cámaras a los problemas sociales, y en 1899-1902 apenas si ocuparon un 1.04 % de la actividad gubernamental, en 1911-14 el porcentaje saltó al 17.4%. No puede extrañar, entonces, que los conservadores vieran al batllismo, con notoria exageración", como "una tremenda amenaza contra la propiedad y la herencia", que hacía peligrar "desde la familia hasta la propiedad".

LOS CONSERVADORES COLORADOS CIERRAN FILAS

Pero esta óptica alarmista no fue monopolio, como queda dicho, del partido adversario: a partir de 1913, comienza a producirse una serie de escisiones y fragmentaciones dentro del coloradismo, cuyo motivo es, precisamente, la reacción ante el progresismo de Batlle.

La figura colorada que encarna en ese primer momento la oposición conservadora dentro de su partido, fue la de



Los conservadores no veían con buenos ojos las preocupaciones sociales del Presidente.

Carlos Manini Ríos. En ese mismo año de 1913, ante un club colorado, Manini señaló el peligro de "convertir a nuestro solar patrio en un campo de experimentación para exotismos o novedades"; y preconizaba la necesidad de dar "pasos lentos pero seguros". Poco después se produjo la escisión de 11 senadores colorados encabezados por el propio Manini (sobre un total de 19).

De esta separación nacerá pronto el futuro Partido Colorado "General Fructuoso Rivera", que actuará en oposición al batllismo durante largas décadas, y apoyará tanto el "alto de Viera" (fascículo 5) como el golpe de Estado de 1933. Nótese, en el nombre adoptado, el llamado expreso a la tradición colorada como forma de legitimar una acción que marcara las debidas distancias con un batllismo demasiado "moderno" y amigo de cambios "peligrosos".

"¿SOMOS COLORADOS O SOCIALISTAS?"

Esta fue una exclamación alarmada de Manini ante los que parecieron "peligrosas" coincidencias entre el batllismo y el novel socialismo de Frugoni, visto por los conservadores como "foráneo". Coincidían batllismo y socialismo en varios puntos de las reformas laborales y educacionales, así como en el propósito de estatizar los servicios públicos. Según investigaciones de Barrán y Nahum, de los 66 postulados sostenidos por el batllismo, se coincidía con el socialismo en 51, esto es, el 77%; hubo coincidencia parcial en el 17% y sólo en 6% aparecieron diferencias notorias. El propio Frugoni se encargó de marcar las distancias de fondo: el batllismo "acepta el principio fundamental de la sociedad capitalista, la propiedad privada de los medios de producción, y por consecuencia la división de la sociedad en dos clases: la de los poseedores y la de los no poseedores. Nosotros, en cambio, queremos destruir la propiedad privada de los medios de producción para reconstruir un régimen de armonía universal".

No obstante, para la alarmada óptica conservadora, pesaban mucho más las coincidencias puntuales que estas diferencias de fondo.

EL EXPLOSIVO TEMA DEL COLEGIADO

El proyecto colegialista de Batlle cayó en el ambiente político como una verdadera bomba. A pesar de la "modernización" que trajo consigo el 900, no existían suficientes garantías para el sufragio y, como vimos, un número importante de ciudadanos no contaba con derechos políticos. En virtud de la Constitución del 30, la figura del Presidente lo dominaba todo, máxime que ya no tenía el contrapeso de los caudillos y que en el Parlamento no estaban representadas todas las minorías, puesto que no existía la representación proporcional.

El tema del Colegiado dividió al país en dos bloques: colegialistas y anticolegialistas. Se ha dicho con acierto que "la nación vivió la problemática de estos años cruciales con un todo, porque el obrerismo, el estatismo y el anticlericalismo se identificaron con el plan batllista de la reforma colegiada, y del lado de la oposición -blanca, colorada y católica- el mantenimiento del orden social conservador se fusionó con la aspiración de democratizar el sufragio, fortalecer el Parlamento y mantener la Presidencia, aunque controlada" (Barrán y Nahum).

A pesar de que la obra de Batlle se desenvolvía en un marco de conflictos sociales agudos (la huelga general del ■ al 26 de mayo de 1913) y en medio de temas altamente conflictivos (el monopolio de los seguros, el proteccionismo y la ley de divorcio), el Colegiado fue como la gota que desbordó el vaso, entre otras razones porque se lo vio como un medio de eternizar al batllismo en el poder.



Feliciano Viera trató de ponerle un freno al reformismo batllista, también desde tiendas coloradas.



2. La oposición conservadora del Partido Nacional.

¿OTRA VEZ LAS ARMAS?

Mientras, la oposición política del Partido Nacional ante la obra de Batlle alcanzó su climax cuando éste presentó su candidatura para una segunda presidencia; al punto de que ello casi provoca la fusión de las dos líneas que, según vimos, separaban (y debilitaban) al Partido Nacional: radicales y evolucionistas. El Directorio blanco, elegido en 1909, estaba compuesto por relevantes figuras, como Martín C. Martínez, Arturo Lussich y Alfredo Vázquez Acevedo. Su misión no era fácil: mantener unido al Partido, lograr el apoyo conservador y controlar a los radicales, que seguían preconizando la vía armada.

Precisamente en 1910 aparecieron partidas revolucionarias en Treinta y Tres y Canelones; más tarde en Cerro Largo y Florida. El diario "La Democracia", vocero de la línea evolucionista, lanzó su alerta: una nueva revolución "sería decretar un desastre sin nombre, un desastre para la patria y un desastre para el partido". En efecto, los rumores bélicos perjudicaron la imagen del nacionalismo en ese momento, y no le costó mucho al Partido Colorado mostrar a los blancos como causantes de la intranquilidad política. Sin embargo, en octubre del 10 el levantamiento fue todavía mayor, y aunque en él había comprometidas algunas importantes figuras coloradas, motivó una enérgica respuesta del entonces presidente Williman. Lo cierto es que la tentativa descalificó a la única fuerza política capaz de impedir la segunda y temida presidencia de Batlle.

UNA BANDERA DE OPOSICION: LA DEFENSA DEL SECTOR RURAL

Numerosas eran las diferencias de los blancos con el batllismo. Para poner un primer ejemplo: mientras el batllismo aspiraba a promover desde el gobierno el fomento de la agricultura, castigando a los omisos con un impuesto, el Partido Nacional consideraba que las transformaciones en el campo debían hacerse "por evolución natural", sin la intervención del Estado, y privilegiando la explotación ganadera sobre la agrícola. Coincidía con la Asociación Rural en una tradicional bandera de esta entidad: oponerse al aumento de la Contribución Inmobiliaria, lo que también lo aproximaba a la "dignísima Asociación de Ganaderos", unidos por una "identidad de mentalidades".

RECLAMACIONES POLITICAS DE LOS BLANCOS

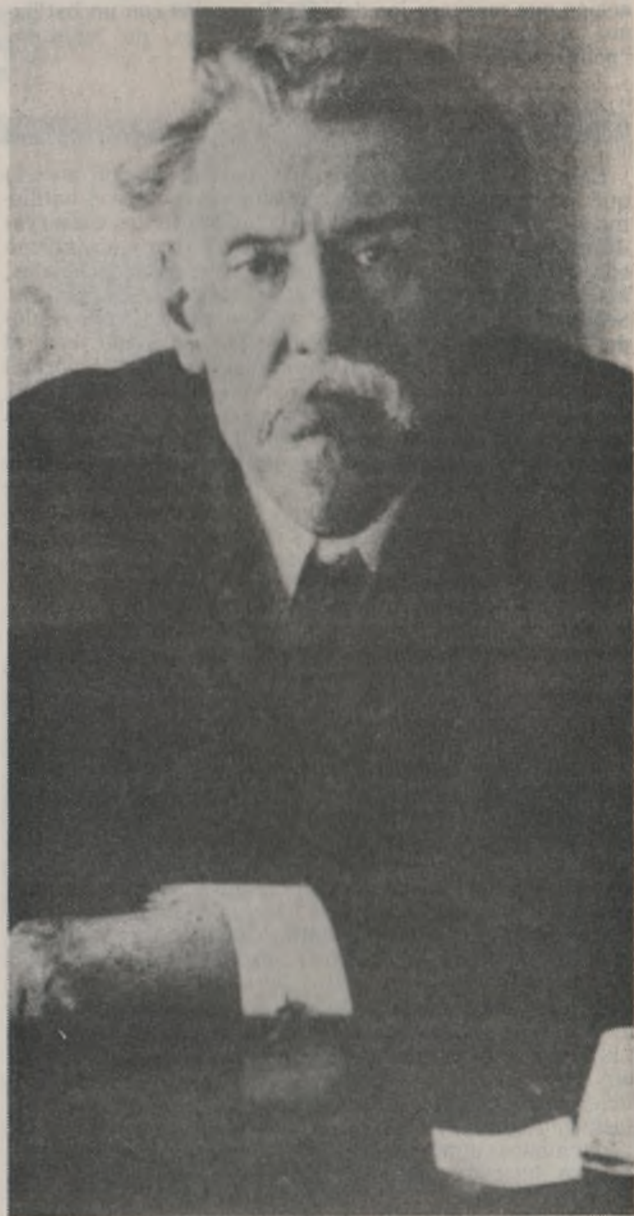
Como ya había ocurrido en el siglo pasado (fascículo 9), dada la situación de inferioridad en que se encontraban los blancos frente al sistema electoral, es comprensible que un tema fundamental de sus reivindicaciones políticas lo constituyera su reclamo del voto secreto y de la representación proporcional en el Parlamento, que como vimos no existía en ese momento.

La oposición blanca, sin embargo, no se centró por cierto sólo en estos temas. Los postulados con que se presentó a las elecciones de 1913 fueron nueve: cuatro tuvieron, sí, carácter político; tres fueron económico-sociales en favor del orden conservador ("la propiedad, la iniciativa individual y contribución inmobiliaria moderada"); y dos guardaban relación con los sectores populares, según enseguida veremos.

Uno de los temas capitales de la postura blanca contra Batlle fue su oposición a los monopolios del Estado. Primero, porque iba en desmedro de la iniciativa privada, considerada valor intocable; segundo, porque al fortalecerse la acción del Estado, aumentaría la burocracia, con el consiguiente peligro de que ésta se "partidizase"; y tercero porque equivalía a poner en manos de Batlle un formidable poder, que vendría a sumarse al que ya le confería la Constitución del 30.

CONFESION DE CONSERVADORISMO

Pero las diferencias más marcadas eran de mentalidad e intereses. Así, conviene recordar que los más prominentes dirigentes del Partido Nacional no ocultaron jamás su



Con determinación y energía, Batlle lanzó a la polémica política su proyecto de Colegiado.

adhesión a una postura marcadamente conservadora. Ello puede ejemplificarse transcribiendo algunos dichos de su principal líder, Luis Alberto de Herrera: "Me complazco en ser profundamente conservador frente a la demagogia reinante". O bien: "Yo, que me complazco en pertenecer a las clases conservadoras de ideas y por tendencias..." Pero no fue el único. Juan Andrés Ramírez declaró en 1916 "A la inversa de los que se disputan la bandera del avancismo (...), yo, por mi parte, me acojo a la bandera de nuestra vieja sociedad conservadora"...

..Este proclamado (y orgulloso) conservadurismo, no se manifestó sólo en el plano económico-social: el Partido Nacional se opuso también a la denominada "reforma moral" del batllismo. Estuvo en contra de la ley de divorcio (porque disolvería a la familia); al divorcio por la sola voluntad de la mujer (provocaría la disolución de las fortunas), y al derecho a heredar de los hijos naturales (porque iba "contra la constitución de la familia").

También se advirtió el matiz conservador (y la diferencia frontal con el batllismo) en el tema de la nacionalidad. Mientras el batllismo era cosmopolita (como lo había sido el coloradismo desde la Guerra Grande) y admirador de lo extranjero, el Partido Nacional marcaba su énfasis en "lo criollo", en "lo oriental", en "lo de mi raza", según expresión de Herrera. El Nacionalismo dijo poner el sentimiento nacional "al servico del statu quo social"; y su rechazo a lo extranjero no era "a los capitales" que vinieran de afuera, sino "a las ideas foráneas, por disolventes del orden social".

EL PARTIDO NACIONAL Y EL "OBRERISMO"

Naturalmente que, pese a esta conformación básicamente conservadora, el Partido Nacional no pudo permanecer ajeno a los nuevos vientos que soplaban en el país y que marcaban un ascenso de los sectores asalariados. En 1905, por ejemplo, Montevideo se vio sacudida por la cantidad y entidad de las huelgas que entonces se produjeron. El mismo Batlle las justificaba desde la presidencia, diciendo que "el empresario se apropia de una parte del trabajo de los obreros, ni más ni menos que como se apodera el amo del trabajo de sus esclavos". Incluso -como se vio en el fascículo 5-, Batlle llegó a defender a los "agitadores", aunque éstos fueran "profesionales" o "extranjeros". Por lo demás, había lanzado muchas de sus fundamentales reformas sociales, como la ley de 8 horas, por ejemplo.

Todo ello obligó al Partido Nacional a hacer gala de "cierto populismo", e incluso a competir en alguna medida con el batllismo en darle cierto apoyo a la clase obrera.

ALGUNOS PROYECTOS LABORALES DE ORIGEN BLANCO

El proyecto de ley más orgánico presentado por el Partido Nacional para regular la actividad laboral, fue el que se conoce como proyecto Roxlo-Herrera. En el fondo tendía a encauzar al movimiento obrero dentro del orden vigente: las huelgas deberían tener una carácter excepcional luego que se mejorara la condición obrera; se reglamentaban los contratos de trabajo; se creaban tribunales de arbitraje para dirimir conflictos; se ajustaban los horarios a normas de higiene, etc.

En cuando al horario de trabajo, el Partido Nacional, al menos en su programa, defendía el horario de 8 horas, coincidiendo en esto con el batllismo; pero en 1915, cuando se votó el proyecto batllista, el Partido Nacional lo hizo en contra, criticando la uniformidad de la jornada. El citado proyecto Roxlo-Herrera proponía 9 horas de trabajo durante la noche y entre 11 y 16 durante el día.

Para terminar, cabe establecer que el "Proyecto de Programa" del Partido Nacional, presentado en 1915, proclamaba el policlasismo, esto es, tomar en cuenta "a todos los sectores sociales". Es que, como bien afirma Barrán, "la hora social" había tenido que unirse a la "hora política".



El presidente Williman debió intervenir para poner freno a algunos tardíos intentos revolucionarios de ciertos sectores nacionalistas.

III - UNA OBLIGADA ETAPA DE COMPROMISOS ENTRE SECTORES PARTIDARIOS (1916-1933)

La resonante derrota electoral del batllismo en las elecciones de julio de 1916, así como el "alto de Viera", interrumpieron las transformaciones iniciadas por Batlle. Se abre entonces la que se denominó "política de compromiso" entre sectores y grupos (de "trámite y usura" la calificó significativamente Real de Azúa), que se extenderá hasta el Golpe de Estado de Terra en 1933.

Tal política componedora, si bien sirvió para evitar conflictos, impidió que prosiguieran las reformas que el país necesitaba. El batllismo debió dedicarse más bien a conservar lo que había logrado.



ELECCIONES EXTRAORDINARIAMENTE FRECUENTES

Es oportuno recordar algunas características del sistema político de entonces. La Constitución de 1917 había creado un trípode de poder: el Presidente de la República, el Consejo Nacional de Administración y el Parlamento. Había elecciones prácticamente cada dos años si no menos, (las hubo en 1919, 1920, 1922, 1924, 1925, 1926, 1928 y 1930); pues cada dos años debía renovarse un tercio del Consejo Nacional de Administración, cada tres se elegían diputados y cada cuatro el Presidente. De este modo, la ciudadanía se acostumbró a que la autoridad fuera legitimada mediante sufragio (mecanismo del cual no pudieron escapar ni las dictaduras posteriores), y adquirió así hábitos democráticos y de tolerancia política. Este sistema constituyó un verdadero orgullo nacional.

OPTAR ENTRE COMPROMISOS O... ESCISIONES

La contracara de este mecanismo reside en que obligaba a los dos partidos, pero sobre todo al Colorado, a asegurarse su cohesión interna a fin de enfrentar los incesantes actos electorales. Así el batllismo, que seguía constituyendo la amplia mayoría del Partido Colorado, necesitará más que nunca de las minorías coloradas para derrotar al adversario tradicional. Ello fortaleció a los grupos menores, que se hicieron conscientes de su peso a influencia, obligando a acentuar la política de compromisos.

Pero ello constituyó a la vez, paradójicamente, un factor de atomización. Así, tres grandes escisiones se produjeron dentro del Partido Colorado. A la ya citada ruptura de Manini Ríos con el batllismo en 1913, grupo que significó un importante caudal de votos para el Partido Colorado (en 1930 fueron 28.000), siguió la separación de Feliciano Viera, por no aceptar el mandato imperativo que Batlle pretendió imponer dentro del coloradismo (esto es, que todos aquellos que tuviesen responsabilidades de gobierno, debían someterse a las decisiones del Partido). Este grupo vierista, denominado Partido Colorado Radical, si bien no alcanzó el caudal del de Manini, fue igualmente decisivo para el triunfo del coloradismo y obligó por tanto a Batlle a contemplarlo.

Por último, Julio María Sosa, dirigente batllista de



El presidente Campisteguy fue anticolegialista y antibatllista, pero en 1926 llegó a la presidencia en una fórmula de acuerdo colorado que el batllismo impulsó.

prestigio, formó también su propio grupo en 1926, que en las elecciones de 1930 recogió el 9% del electorado, porcentaje también indispensable para ganarle al Partido Nacional.

DE COMO SER PRESIDENTE CON UN 17,5% DE LOS VOTOS...

Así frente a cada elección, el batllismo –a pesar de representar en ese momento el 70 u 80% de los sufragios del Partido Colorado– se veía obligado a celebrar acuerdos (algunos leoninos) con las fracciones menores. Por este camino se llegó a ciertas prácticas que no hay más remedio que calificar de escandalosas, como lo fue el famoso handicap otorgado al riverismo en las elecciones de 1930: para lograr su apoyo dentro del lema Partido Colorado, el batllismo (ya había muerto don Pepe en 1929) le ofreció la presidencia de la República al líder de aquella fracción, Manini, si alcanzaba a reunir el 19% de los votos colorados. Manini contraofertó el 17,5%, y le fue aceptado. Pero tampoco llegó a ese porcentaje.

PARECIDO PANORAMA EN EL PARTIDO BLANCO

Como ya sabemos, también el Partido Nacional tenía sus diferencias internas. Coexistían en él sectores más radicales, como el grupo de Carnelli –que llegó a separarse del lema decretando la derrota del Partido Nacional en 1926–, o la Agrupación Nacionalista Demócrata Social liderada por Carlos Quijano; núcleos conservadores como los encabezados por Aureliano Rodríguez Larreta o Juan Andrés Ramírez; corrientes populistas como la liderada por Luis Alberto de Herrera. Pero en el caso del Partido Nacional, la difícil unidad interna se vio favorecida por el hecho de encontrarse en la oposición; aunque eso no lo libró de seguir también una política de acuerdos y compromisos a fin de no ver disminuidos sus votos. El resultado fue, en ambos casos, que con frecuencia hubo que alejarse de los objetivos partidarios a largo plazo, a fin de asegurarse ventajas inmediatas con vistas a los comicios..

¿UN PARTIDO O UNA FEDERACION DE PARTIDOS?

En rigor, había quedado inaugurada una práctica electoral que luego se hizo característica de nuestro sistema: la existencia de fracciones diferentes y hasta antagónicas en los dos partidos, que sin embargo, a la hora de la elección, sumaban sus votos para consagrar la victoria del Partido en su conjunto. Muchas veces se ha observado con razón que nuestros dos partidos tradicionales, más que verdaderos conglomerados unitarios y coherentes, se convirtieron en una verdadera federación de partidos que se reunían ocasionalmente para enfrentar las urnas.

Este curioso sistema se hallaba consagrado en nuestra legislación electoral desde 1910, año en que se aprobó una primera ley de elecciones. Oigamos la explicación que brinda G. Lindhal, en su libro "Batlle, la segunda Constitución":

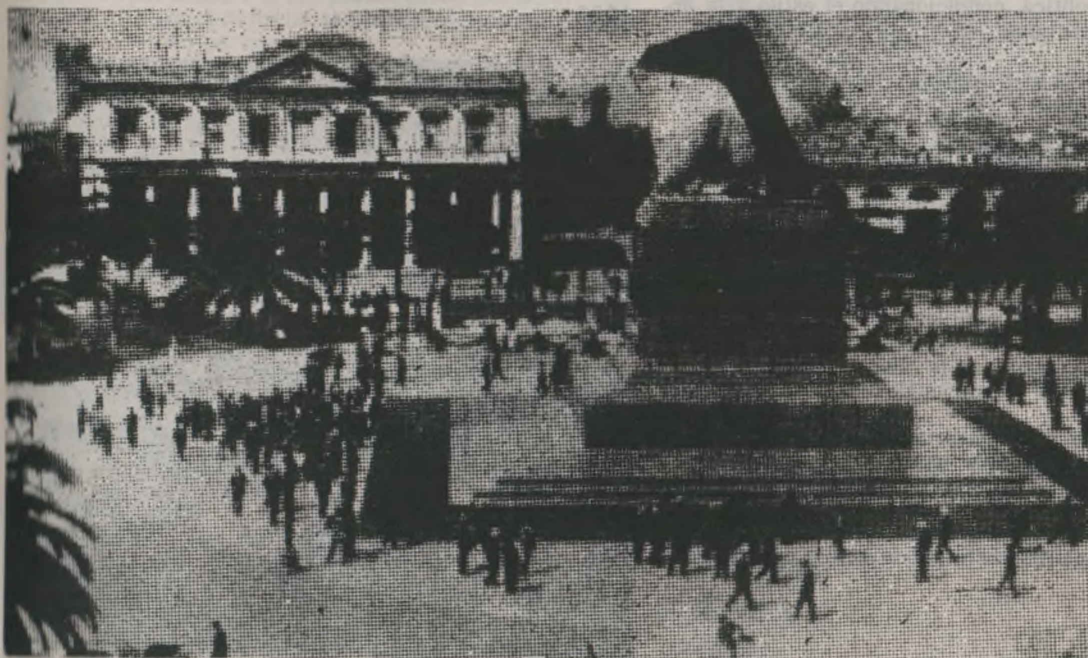
"La palabra lema realmente significa, o bien el nombre de un partido político tal como es usado en las elecciones, o la denominación utilizada por una coalición de partidos. Partido Colorado era el nombre de un partido, pero se transformó en el lema usado para su acuerdo electoral por una coalición de partidos (...). Si existía una coalición (o si había grupos dentro del mismo partido), los candidatos del sublema que obtuvieran más votos (ya fuera un partido o un grupo) serían los triunfadores".

TAMBIEN COMPROMISOS HACIA FUERA DE LOS PARTIDOS

Esta engorrosa política de acuerdos internos con fines electorales no fue única: también se produjeron en esos años compromisos entre sectores afines de los dos grandes partidos. Quizás el caso más notorio fue el bautizado por Herrera con un pintoresco mote: "el pacto del chinchulín", que como se recordará (aparece explicado en los fascículos 5 y 6) fue un acuerdo entre el batllismo y el nacionalismo independiente en contra de Herrera.

Pronto se verá, en cambio, cómo los sectores conservadores de los dos partidos (encabezados por Terra y el mismo Herrera a pesar de su estilo populista) también sellaron un compromiso que los reunirá en el propósito común de echar abajo las instituciones e imprimirle al país un rumbo francamente conservador (no otra cosa fue el golpe de Estado de 1933).

Por un lado, colorados batllistas y blancos del nacionalismo independiente; por el otro, colorados terristas y riveristas y blancos de Herrera: así vemos cómo estos compromisos suprapartidarios desconocieron la clásica división de los dos partidos tradicionales y consagraron en los hechos otro criterio diferenciador que dejó de lado la secular línea demarcatoria entre ambos. Esta práctica de rebasar la frontera partidaria perdurará durante varios lustros en nuestra realidad política, aunque en el plano electoral seguirán funcionando los dos lemas tradicionales, convertidos cada vez más en simples rótulos.



El monumento a Artigas a punto de inaugurarse, con la efigie del prócer todavía cubierta: 1923.

TOMA CUERPO EL FENOMENO DEL CLIENTELISMO

Otra consecuencia perniciosa de esta necesidad de acuerdos y compromisos ante las urgencias electorales, fue que aceleró una de las prácticas más nefastas de nuestro sistema político tradicional: el otorgamiento de favores y prebendas al posible elector, a fin de asegurarse su voto. Los ciudadanos, paulatinamente, comenzarán a transformarse en verdaderos "clientes", a los cuales el dirigente político debe atender en sus necesidades y requerimientos si quiere contar con su concurso en las urnas.

Se otrogan puestos públicos, jubilaciones y pensiones, se facilitan trámites, se expiden tarjetas de recomendación para que el "agraciado" obtenga determinados favores. Los meros dirigentes de club, los caudillos intermedios, los grandes líderes, blancos o colorados por igual, terminan entregándose a estas prácticas que hacen de nuestra política un sistema de canje ni siquiera encubierto.

Preferimos analizar con mayor detenimiento este dañino rasgo de nuestro sistema político en un Anexo final, ya que el clientelismo abarcó un trecho muy vasto en el tiempo, y se ha prolongado prácticamente hasta hoy.

RESUMIENDO LOS CAMBIOS DE ESTAS TRES DECADAS

Si tomamos en cuenta lo ocurrido en nuestros dos partidos tradicionales en las tres primeras décadas de este siglo, podemos señalar algunos lineamientos de importancia, que resumiremos:

—los dos partidos transformaron su estructura y adquirieron la fisonomía de verdaderos partidos en su sentido moderno;

—el Partido Nacional abandonó definitivamente el camino de los enfrentamientos armados y optó por la confrontación electoral;

—el Estado ha ensanchado su radio y su poder;

—ambos partidos renovaron su temática política;

—ha sonado para ambos "la hora social";

—la Constitución de 1917 consagró el sufragio universal (aunque todavía sólo masculino);

—entró a funcionar la ley de lemas y su peculiar mecánica electoral;

—se acrecentó sensiblemente la gravitación de los grupos de presión dentro de los dos partidos;

—el número de electores se multiplicó enormemente;

—aparecieron los actos de masas, y con ellos nuevas formas de hacer política, condicionando el estilo y la organización de los partidos.

...PERO TAMBIEN ABUNDARON LAS PERMANENCIAS

Al par de estas transformaciones, es preciso señalar igualmente cómo quedaron incambiados algunos rasgos:

—los partidos tradicionales siguieron funcionando con fuerte gravitación de líderes o caudillos personalistas;

—siguió operando con vigor la tradición como factor aglutinante de ambos partidos, en desmedro de las ideas o programas;

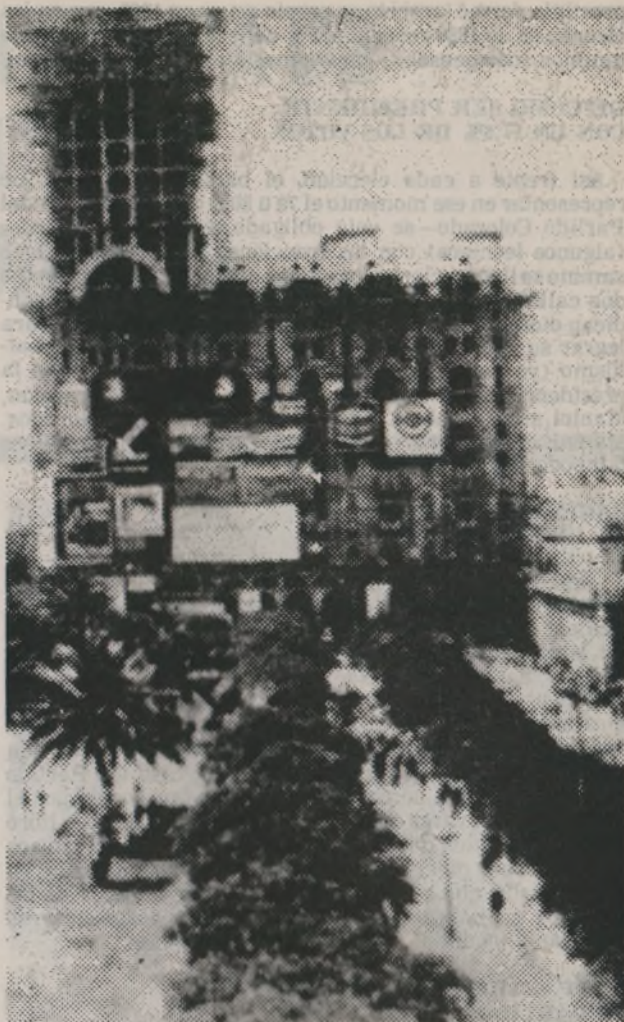
—a pesar del surgimiento de los partidos llamados "de ideas" (socialismo, comunismo, Unión Cívica), se mantuvo claramente el bipartidismo en la lucha por el poder;

—los dos partidos tradicionales se proclamaron policlasistas;

—los grupos de presión conservadores se canalizaron a través de los dos partidos por igual;

—se estrecharon los lazos entre el Estado y los partidos políticos;

—se aceleró el clientelismo como fenómeno característico de la práctica política habitual de ambos partidos tradicionales.



Así se veía el Palacio Salvo aún sin terminar, hacia 1928.



IV - 25 AÑOS DE DIVISIONES Y RECOMPOSICIONES EN FILAS BLANCAS Y COLORADAS (1933-1958)

En el cuarto de siglo exacto que nos toca examinar ahora, veremos ocurrir hechos de singular importancia en la vida política del país, y por ende en los dos partidos tradicionales. Basta recordar que en este lapso tienen lugar dos golpes de Estado y tres reformas constitucionales, y que veremos producirse cambios considerables en el juego de alianzas y aproximaciones entre sectores de los dos partidos; en tanto que irrumpe con extraordinaria fuerza un movimiento que estuvo próximo a modificar por primera vez el mapa partidario del país: el ruralismo de Nardone.

Tampoco debemos omitir dos contextos en los que se sitúan los hechos partidarios de este período. Por un lado, el contexto internacional: al principio, apogeo de los fascismos italiano y alemán, que se reflejó en la óptica y las posturas de quienes impulsaron el golpe del 33; y un lustro después el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, con la decidida alineación de nuestro país en el campo antifascista, lo que también repercutió en la vida partidaria y en el juego de acercamientos y aproximaciones. Tampoco puede olvidarse el contexto social de estos años: fortalecimiento lento del movimiento sindical; respuestas más orgánicas de éste ante medidas antipopulares y una política económica que se hizo en perjuicio de la clase trabajadora; descontento que se manifestó en huelgas, paros y agitación callejera.

No vamos a insistir en la exposición de los hechos ocurridos en este lapso de 25 años, por cuanto sus lineamientos principales se encuentran incluidos en los fascículos 6 y 7. Los damos por leídos. Por ello parece preferible desarrollar o comentar algunos de los hechos salientes de este cuarto de siglo en el orden partidario.

1. El funcionamiento del Batllismo bajo la dictadura de Terra.

El carácter fuertemente orgánico que le había impreso Batlle a su partido, permitió que éste siguiera funcionando con alguna normalidad a pesar del duro clima dictatorial, y aun cuando el partido recién comenzaba a rehacerse luego de la muerte de su conductor, ocurrida tan poco tiempo antes del golpe de Estado.

UNA OPOSICION SOSTENIDA, PERO PACIFICA

El batllismo supo mantener durante toda la dictadura una constante actitud opositora; pero la encauzó en todo momento por carriles predominantemente pacíficos, rehusando incluso formar parte del frente popular opositor que por entonces trató de gestarse (1). Cuando la dictadura comenzó a aflojar en algo su rigor inicial, el batllismo llegó incluso a realizar actos públicos (a partir de 1935).

Inmediatamente del golpe de Terra, la Convención del Partido batllista votó la propuesta del Comité Ejecutivo Nacional, que comprendía los siguientes puntos:

1 - el Partido Colorado rechazaba la dictadura;
2 - mantendría una actitud de resistencia permanente mientras durara la suspensión de las libertades públicas;
3 -repudiaba la actitud de los batllistas que se mantuvieran ocupando cargos electivos o políticos, o que en lo sucesivo aceptasen funciones nuevas;
4 - proclamaba la abstención en cualquier acto electoral que pudiera propiciar la dictadura.

(1) No obstante, el batllismo llegó a comprometerse en algunas acciones revolucionarias. Tuvo una Junta de Guerra, que actuó junto a la del Nacionalismo Independiente, y algunos de sus hombres participaron en el movimiento revolucionario de 1935, como Justino Zavala Muniz y Ezequiel Silvera, que actuaron a las órdenes de Basilio Muñoz.



Durante la dictadura de Terra, llegó Roosevelt a nuestras playas. El dictador y el "buen vecino" se abrazan contentos.

EL RADICALISMO DE GRAUERT

En esa oportunidad, el convencional Julio C. Grauert propuso nuevos puntos, que fueron votados por aclamación:

- los próximos gobiernos legales desconocerían los préstamos que contrajera el régimen dictatorial;
- se anularían los cargos públicos provistos por éste;
- se autorizaba al Comité Ejecutivo para decretar la huelga de impuestos.

Debe señalarse que la "Agrupación Avanzar", liderada por Grauert, significó un fuerte impulso de radicalización en aquellos momentos. Ninguna casualidad, pues, que Grauert cayera asesinado por la policía poco después.

Sin perjuicio de lo ya expuesto en el fascículo 5 (pág. 33) acerca de Grauert y su significado, señalemos que su Agrupación adoptó una terminología marxista al analizar la realidad nacional y se convirtió en un movimiento con "propuestas batllistas-socialistas". Sus postulados decían que había llegado "la hora de abandonar la vieja teoría de la armonía entre el capital y el trabajo". El proletariado tenía dos caminos: "La revolución violenta" o "la socialización pacífica del Uruguay", que se realizaría desde el poder. En su análisis, Grauert insistía en el reconocimiento del fenómeno de la lucha de clases, en el cuestionamiento de la propiedad privada, en la nacionalización de la tierra, en el monopolio estatal del comercio exterior y del control de cambios, en la nacionalización integral de la banca y en la socialización de las industrias.

2. Se desdibuja la alianza conservadora blanqui-colorada.

DOS VARIANTES DE CONSERVADORISMO

Pudimos ver cómo la obra de Batlle a lo largo de sus dos presidencias provocó como respuesta el alerta de los sectores conservadores, tanto de un partido como del otro, y cómo finalmente éstos se unieron para cerrarle el paso a las reformas y no vacilaron en conformar una alianza por encima de los partidos, en andas de la cual se produjo el golpe de Estado de 1933. Sin embargo, herrerismo y terrismo, aunque unidos por una idéntica mentalidad conservadora y un invencible terror a los cambios en sentido "progresista", no apoyaban un mismo proyecto de país. La concepción agro-exportadora del herrerismo no coincidía en todo con el enfoque terrista o riverista, más ligado a la banca o el alto comercio. No eran, empero, incompatibles, y los comunes intereses políticos (más que socioeconómicos), les permitió estrechar filas y marchar juntos; pero sin duda sus diferencias les restaron solidez y permanencia, y fue así que pronto aparecieron fisuras y debilidades (fascículo 6).

LOS HEREDEROS DEL "MARZISMO" COLORADO

Este bloque "marzista" en proceso de desfibramiento, se vio más afectado aun por la muerte de uno de sus dos mentores, el dictador Terra, que debilitó sin duda a la corriente conservadora colorada. El sector terrista no sobrevivió mucho tiempo, y terminará siendo gradualmente absorbido por el riverismo de Manini.

El riverismo representó durante varios años al coloradismo anti-batllista; y como tal, y en franco choque con el partido de Batlle, participó en varias elecciones una vez producido el retorno al funcionamiento democrático luego del golpe del 42. Su portavoz periodístico fue el diario "La Mañana", perteneciente a los Manini, cuyos descendientes directos recogieron y mantuvieron la bandera del iniciador, Pedro Manini Ríos. El riverismo, desde ese portavoz periodístico, encarnó al conservadorismo colorado y defendió los intereses de los grandes productores del campo.

Pero esto no quiere decir que se pudiera reditar la alianza con el herrerismo, como en los tiempos de la dictadura. El riverismo se iba debilitando gradualmente dentro del Partido Colorado, frente a un batllismo que no cesó de crecer desde el regreso a la vida democrática; tan es así que al cabo de poco tiempo resultó absorbido por éste. Como ejemplo podría señalarse el destino político de dos dirigentes colorados antibatllistas: en la elección de 1954, Blanco Acevedo se integró a la 14 y Carrere Sapriza, al igual que otras figuras terristas, a la 15. Desde entonces (y hasta hoy), el batllismo pasó a constituirse en la corriente prácticamente única del Partido Colorado. El ex-riverismo, personificado en los Manini, quedó reducido a su expresión periodística desde el diario "La Mañana", pero sin actividad política orgánica. Es que el conservadorismo colorado se había encauzado por otra vía, como enseguida veremos. Ya no volverán a producirse acuerdos sectoriales por encima de los partidos.



3. La nueva expresión conservadora colorada: el batllismo de la 14.

DOS BATLLISMOS ENFRENTADOS

Vimos en el fascículo 7 que al proyecto neobatllista de Luis Batlle, de entonación progresista, se opuso encarnizadamente la corriente también batllista liderada por los dos hijos de Batlle y Ordóñez: César y Lorenzo Batlle Pacheco desde el diario familiar "El Día". En el plano electoral, como sabemos, esta corriente utilizaba como distintivo numérico el 14, en tanto que el movimiento de Luis Batlle se caracterizaba con el 15.

Por cierto que el enfrentamiento entre los hijos y el sobrino de don Pepe, que polarizó durante años –y durante varias elecciones– la vida interna del batllismo, no dejó de contener fuertes visos personalistas y se nutrió de elementos familiares y psicológicos que están más allá de lo estrictamente partidario. Pero no puede desconocerse tampoco, que, fuera cual fuese la raíz última, esa porfiada lucha entre la 14 y la 15 correspondió al enfrentamiento de dos concepciones del país y de su destino. A riesgo de esquematizar por demás, diríamos que la 14 reunió en su seno a las corrientes conservadoras del coloradismo y del propio batllismo, en tanto que la 15 nucleó a quienes eran partidarios de un encauce más moderno y avanzado para el Uruguay.

LA 14: UN CONSERVADORISMO PECULIAR

El conservadorismo de la 14 presenta algunas características propias. Lejos estaba por cierto del proyecto conservador blanco encarnado por Herrera, que, como sabemos, postulaba un país agro-exportador con énfasis principal en la ganadería. La 14, en cambio, en cuanto a la tierra, parecía heredera de las concepciones iniciales del batllismo que, como sabemos (fascículo 5), proponía combatir el latifundio a través de una política impositiva rigurosa, y asignaba importancia prioritaria a la agricultura, fomentando la mediana propiedad.

Tampoco podía identificarse el conservadorismo de la 14 con el del coloradismo no batllista, terrismo, riverismo). No tenía ni las inclinaciones fascistoides de éste, ni su visión aristocratizante y elitista de la vida social, ni su rancia defensa de los intereses económicos más poderosos. La mentalidad catorcista respondía más bien a otros resortes: defensa tenaz del liberalismo político y del anticlericalismo más estrecho ("El Día" –recordemos– escribía por entonces dios con minúscula y nombraba al Papa con su nombre y apellidos civiles); propugnaba un anticomunismo o antiizquierdismo realmente cerril ("El Día" no informó jamás de la primera salida del hombre al espacio por ser hazaña soviética, ni informaba de la presencia de equipos de fútbol de esa procedencia, aunque jugaran en el Estadio Centenario). En el plano social, la 14 combatió a los sectores sindicales y universitarios; mientras que en lo internacional se erigió en máximo defensor de la política de Estados Unidos en reñida competencia, de fervor, eso sí, con el diario "El País").

En suma, que aunque la 14 no pueda ser perfectamente representativa de un nítido proyecto conservador de país, representó por largos años la derecha del batllismo y acogió en su seno al conservadorismo colorado, unificados por una mentalidad francamente pasatista en lo nacional e internacional.



Una foto algo insólita de quienes, años después, serían los líderes de la 14: César y Lorenzo, eufóricos, acompañan a su padre en medio de los vivas de la multitud.

DESPUES DE LOS TRES LIDERES

Desaparecidos con pocos años de diferencia los dos hermanos Batlle Pacheco, la 14 fue dejando de existir como tal, sustituida por grupos y sectores que, con inflexiones diferentes, recogieron muchas de sus posturas políticas. El conservadorismo colorado post-14 no mantuvo la agresividad ideológica y la coherencia que le imprimieran César y Lorenzo. Los grupos conservadores que recogieron su herencia, desdibujaron un tanto los perfiles reaccionarios más crudos e intentaron una cierta actualización de sus contenidos y proyectos. Pero la sustancia conservadora no varió gran cosa, y acaso no pueda considerarse casual que, llegada la hora del enfrentamiento social más grave, la figura que protagonizó la reacción y que condujo al país hasta el umbral del golpe militar, Pacheco, haya salido de las filas de esa ala del batllismo, y hasta desempeñara en su momento la dirección del diario catorcista.

En cuanto a Luis Batlle, muerto también por esos años (1), la acción de su lista 15 pasó a ser liderada por su hijo Jorge. Difícil reconocer en los planteos y en el estilo de su descendiente, las características del fundador del quincismo. Por el contrario, los enfoques económico-sociales de Jorge Batlle lo fueron aproximando sensiblemente a lo que cabría llamar el ala conservadora del batllismo.

4. Rumbos diferentes en el Partido Nacional.

Mientras, fue otro el panorama de los 25 años que van del 33 al 58, dentro del partido blanco, y otro el significado de las divisiones y acercamientos que tuvieron lugar en su seno. Por lo pronto, no existieron, como en el coloradismo, corrientes de fuerza más o menos equivalente que se disputaran la mayoría. La asimetría en el Partido Nacional fue muy clara en este período: de un lado, una corriente fuertemente predominante, el herrerismo; fuera de ella, varias corrientes de menor volumen, como el nacionalismo independiente —dividida en cierto momento en dos fracciones—, el radicalismo blanco de Carnelli, fuera del lema desde 1924, y la Agrupación Demócrata Social de Carlos Quijano. Al final de este período se produce un cambio importante en esta correlación de fuerzas: se desgaja del herrerismo una corriente liderada por Fernández Crespo, que tiempo después se unirá con el Nacionalismo Independiente en la denominada Unión Blanca Democrática (UBD).

Conviene examinar brevemente el significado de cada uno de estos sectores y de su evolución en el cuarto de siglo que estudiamos.

LAS VARIACIONES DEL HERRERISMO

Poco queda por agregar a lo ya expuesto acerca del herrerismo en los fascículos 6 y 7. Vimos que Herrera fue el consecuente propugnador del proyecto ganadero, defensor del modelo agro-exportador a lo largo de muchas décadas e incontables zigzagues. Desempeñó un papel capital en el derrumbe de las instituciones democráticas en 1933 y fue copartícipe del régimen marzista hasta su desplazamiento por el baldorismo; fue opositor implacable de éste y, con más razón, de los gobiernos colorados que lo sucedieron; simpatizante más o menos encubierto del falangismo español y los fascismos europeos; antimperialista visceral, que como tal supo oponerse a las bases militares de los Estados Unidos durante la guerra y a la participación uruguaya en la guerra de Corea; opositor al colegialismo de Batlle, pero no vaciló en apoyar el colegiado años después, en la reforma del 51, y pasó a formar parte del primer gobierno pluripersonal. Consecuente con su apoyo al proyecto ganadero, formalizó en sus últimos años la alianza con el nardonismo, unido al cual derrotó por primera vez al Partido Colorado y llegó al gobierno (1). Por dos veces, pues, Herrera forjó uniones políticas por encima de su partido: con Terra en 1933, con Nardone en el 58; pero debe reconocerse que en ambos casos fue consecuente con su visión conservadora y su propósito de organizar la economía del país sobre la base de la ganadería y la exportación de los productos básicos del campo.

(1) Lorenzo Batlle murió en 1954; Luis en 1964 y César en 1966.

(1) El significado de la figura de Nardone y de su movimiento ruralista pueden encontrarse en el fascículo 7, págs. 20 y 33. Agreguemos dos conceptos de Jacob en su libro sobre el ruralismo: "La capital fue vista con resentimiento (por el productor del campo): consume carne barata subsidiada con parte de las ganancias de los ganaderos". En cuanto a la jornada laboral: "en el medio rural todavía hay que trabajar de sol a sol (...) sin jornadas de 6 ó 7 horas, como en la ciudad, y con licencias al por mayor y otras ventajas que no puede dar el trabajo rural".

EL RADICALISMO BLANCO DE CARNELLI

Su programa político es de 1921, aunque aparece como corriente en 1916. Sus principales postulados en el orden político fueron el respeto intransigente a la Constitución, la realización de comicios sin fraude, la representación proporcional. Rechazaba todo posible acuerdo con el batllismo (aunque coincidía con él en algunos puntos, que enseguida veremos). En el orden económico atacaba al latifundio y quería eliminar el esquema agroexportador tan caro al herrerismo, por considerarlo la raíz de nuestra dependencia. Aspiraba a promover la producción industrial, y era partidario del estatismo. En el plano social, propendía a un gran acuerdo entre el capital y el trabajo a



Una de las idas y venidas de Herrera lo llevó a asociarse con Benito Nardone, hasta encumbrarlo al Consejo de Gobierno en 1958. Pronto se arrepintió.

través de una adecuada legislación obrera. Se proclamaba abiertamente "obrerista".

Como se indicó, tuvo varios puntos de coincidencia con el batllismo aunque se opusiera a él: representación proporcional, derecho de los extranjeros a obtener ciudadanía uruguaya, realización de plebiscitos de iniciativa popular, disminución de impuestos a los pequeños propietarios de tierras, implantación de impuestos a la herencia, nacionalización de los ferrocarriles y las usinas eléctricas. Los radicales fueron los únicos blancos que aprobaron el salario mínimo rural.

LA AGRUPACION NACIONALISTA DEMOCRATA SOCIAL

Nace en 1928 como un sector del Partido Nacional que nucleaba a un grupo de jóvenes de ideas avanzadas bajo la inspiración de Carlos Quijano, en franca oposición al caudillismo de Herrera. Sus fundadores pensaban que mediante una democracia social podía crearse una sociedad más justa desde una perspectiva socialista. Eran partidarios de la destrucción del latifundio mediante una reforma agraria que entregara tierras a quienes fueran capaces de trabajarla, eliminando el monocultivo, el drama de la despoblación y los males de la ganadería extensiva. Defendían las reivindicaciones obreras: salario mínimo, jubilaciones, seguro de desocupación, reducción de la jornada de trabajo. Eran partidarios del papel regulador del Estado e impulsaban un plan de nacionalizaciones, diferenciando a éstas del estatismo absorbente y centralizador. Propendían a la "nacionalización industrializada" con participación tripartita (trabajadores, consumidores y delegados estatales). Se oponían al clientelismo político en la administración pública y establecían como única forma de ingreso el concurso. Ponían fuerte énfasis en la educación como instrumento básico de la necesaria concientización política de la ciudadanía. En el plano internacional, la Agrupación denunció desde su origen al imperialismo económico de los Estados Unidos, al que se opuso en forma indeclinable, particularmente por su acción en América Latina; y fue un ardoroso opositor a toda forma de fascismo.

La Agrupación Nacionalista Demócrata Social fue radicalizando cada vez más sus posiciones, lo que la llevó a separarse del Partido Nacional. Se disolvió tiempo después, pasando Quijano a dedicarse exclusivamente al periodismo político desde su semanario "Marcha".

PERFIL DEL NACIONALISMO INDEPENDIENTE

Esta corriente blanca, llamada a perdurar por un par de décadas, surgió en el año 1931 como rechazo al personalismo caudillista representado en el Partido Nacional por la figura de Herrera. Procuró basar su acción dentro del nacionalismo en una acentuación de los elementos ideológicos y de los principios partidarios, a la vez que buscaba reafirmar su independencia frente a la corriente mayoritaria. Sus impulsores fueron los Rodríguez Larreta, los Beltrán, los Aguirre, los Ramírez, etc., y contó con dos importantes voceros periodísticos: el matutino El País y el vespertino El Plata, que en cierto momento expresaron matices diferentes y opuestos, aun dentro del Nacionalismo Independiente. Es que se trató de un grupo no perfectamente homogéneo, tal como señaló en su momento Carlos Quijano: "está formado por pequeñas y grandes tendencias que varían desde el reaccionarismo hasta los que sustentan ideas más radicales. (...) No es posible armonizar en un mismo diapasón a quienes han sido enemigos del salario mínimo y a quienes lo han defendido como necesidad imprescindible".

Como vimos, el Nacionalismo Independente mantuvo una firme oposición al régimen terrista; pero a partir de la Segunda Guerra Mundial se caracterizó por su creciente identificación con la política de Estados Unidos, así como por sus posiciones cada vez más conservadoras en materia económico-social.



El joven doctor Carlos Quijano por los días en que fundó su agrupación blanca.

En el diario "El País", un grupo de figuras de su núcleo dirigente. Varios de ellos formaron el Nacionalismo Independiente.



EL MOVIMIENTO POPULAR NACIONALISTA (lista 51)

Como queda dicho, esta corriente se apartó del viejo tronco herrerista en el año 1953, como consecuencia de una mayor sensibilización hacia los problemas socio-laborales y de serias discrepancias políticas. Al frente de esta corriente se hallaba un prestigioso líder blanco, Daniel Fernández Crespo, cuya lista 51 había alcanzado considerable arraigo en las masas nacionalistas, especialmente de los medios urbanos. El Movimiento Popular Nacionalista obtuvo una representación parlamentaria de importancia en las elecciones de 1954, y su gestión se caracterizó por una cierta entonación populista, ya que mostró preocupación preferente por los problemas laborales y la situación de las clases pasivas. Naturalmente, su escisión del herrerismo le valió ser duramente combatido por éste, creándose así una áspera divisón interna en el Partido Nacional.

EL SURGIMIENTO DE LA UBD

Este conglomerado se constituyó hacia las postrimerías del último gobierno neobatllista. En agosto de 1956 se unieron varios grupos nacionalistas: el recién nombrado Movimiento Popular Nacionalista, el Nacionalismo Independiente y Reconstrucción Blanca. Desde el punto de vista social, la UBD fue un grupo heterogéneo, donde aparecían representados desde grandes hacendados hasta sectores populares, pasando por comerciantes e industriales y sectores de la pequeña burguesía. Su raigambre fue más urbana que rural y con un aire más "modernizado" en sus concepciones y estilo que la otra gran corriente nacionalista, la herrero-ruralista, con la que compitió dentro del lema en las elecciones de 1958. Los postulados en los que la UBD puso mayor énfasis en su campaña electoral respondían a sus críticas principales al neobatllismo: la corrupción administrativa, los favoritismos políticos, la inflación presupuestaria y el decaimiento de los valores morales en la función pública. La UBD buscó presentarse como una nueva y única alternativa política, integrada por hombres capaces y sobre todo moralmente puros (se hizo famoso su slogan electoral, que refleja el descrédito en que había caído en sus últimos tiempos el gobierno batllista: "La alternativa es clara: o gana la UBD o todo sigue como esta").

La irrupción de la UBD en la vida política fue un factor importante del triunfo blanco de 1958, particularmente por su votación en los medios urbanos, y en especial en Montevideo. De todos modos, no alcanzó entonces la mayoría, ya que como sabemos fue derrotada por la unión del herrerismo con el ruralismo; pero cuatro años después, desaparecidos Herrera y Nardone, la UBD llegó al gobierno obteniendo la mayoría del segundo colegiado blanco, último que tuvo el país.

5. Algunos rasgos a señalar en estos 25 años:

TRES CONSTITUCIONES, TRES JUGADAS POLITICAS

En este breve lapso de un cuarto de siglo, nuestro país conoce tres cartas constitucionales, inspiradas más por el espíritu revanchista-partidario que por el propósito de buscar soluciones reales. Conviene analizar los porqués políticos de cada una.

1. **La Constitución de 1934.** Consumado el golpe de Estado, esta Constitución fue el fruto del acuerdo entre Terra y Herrera (fascículo 6) y tendió a robustecer la posición de



El líder de la 51, Daniel Fernández Crespo, firmando como Consejero Nacional de Gobierno.



El doctor Salvador Ferrer Serra, fue Ministro de Hacienda del segundo Gobierno blanco, luego de destacada actuación parlamentaria.



El nombre del presidente Juan José Amézaga quedó ligado a la reforma constitucional de 1942.

ambas fracciones mediante un procedimiento de coparticipación que los beneficiaba sin mayores disimulos. Así, el Poder Ejecutivo pasaba a estar constituido por el Presidente de la República (Terra, naturalmente), un Vicepresidente y un Consejo de Ministros de nueve titulares, cinco o seis de los cuales debían pertenecer al partido mayoritario (que lo fue el Partido Colorado, y dentro de él el terrismo, ya que el batllismo estaba proscripto) y el resto a la primera minoría (Partido Nacional, y por supuesto el herrerismo). Igual vía se siguió para la composición del Senado: ya no se integró a razón de un Senador por departamento, sino que pasó a estar compuesto por treinta miembros, más el Vicepresidente de la República; quince correspondían a la lista más votada del lema más votado (el terrismo, como queda dicho) y quince a la lista más votada del lema que le siguiera en número de votos (herrerismo, pues). Fue el célebre Senado "de medio y medio", como se lo denominó.

2. **La Constitución de 1942**. Ocho años después, ya vuelto el batllismo a la actividad política luego del "golpe bueno" de Baldomir (fascículo 6), se busca la unificación colorada y el marginamiento del herrerismo mediante una reforma constitucional. En la Constitución aprobada en 1942, se mantiene la institución presidencial única, pero ahora los ministros son designados por el Presidente entre ciudadanos que cuenten con apoyo parlamentario, a fin de asegurar su permanencia. Mientras, en el ámbito legislativo la principal reforma consistió en suprimir el Senado de medio y medio, y volver al sistema por el cual los senadores se elegían haciendo del país una sola circunscripción electoral. Se mantenía el Vicepresidente de la República como Presidente del Senado. Para la Cámara de Representantes se consagró el principio de representación proporcional integral. A la vez, se decretó la abolición del sistema de coparticipación obligatoria y por cuota fija.

3. **La Constitución de 1952**. Pasan otros diez años y vuelve a aprobarse una nueva reforma constitucional. Esta implanta otra vez el sistema colegiado de gobierno a través de un Consejo Nacional formado por nueve miembros, seis del partido mayoritario y —dentro de él— del sub-lema más votado; y tres del lema que le siguiera en número de votos, pero con representación proporcional de sus sub-lemas. Asimismo, se consagró constitucionalmente esta forma de coparticipación en la dirección de los Entes Autónomos mediante el sistema llamado "del 3 y 2" (tres designados por la mayoría del Consejo y dos por la minoría). También en el Interior se implantó el sistema colegiado para los gobiernos departamentales: se sustituyó a los Intendentes por Concejos Departamentales, a quienes se les otorgó autonomía financiera.

Como es claramente perceptible, nos encontramos ante un nuevo intento de coparticipación entre sectores de los partidos tradicionales. Esta vez era el triunfo político de la lista 14 del batllismo, que mediante el colegiado procuró cerrarle el paso de Luis Batlle en su carrera hacia la presidencia; para lo cual se avino a cederle posiciones de gobierno al herrerismo, cuyo apoyo resultaba fundamental para aprobar la nueva Constitución. Herrera, por su parte, tuvo que respaldar ahora la reforma colegialista a la que se había opuesto cerradamente treinta y cinco años antes, en tiempos de Batlle.

Hay que decir que la población respondió con visible indiferencia a estas jugadas políticas que escamoteaban una vez más la búsqueda de soluciones de fondo. Ello se reflejó en la escasa participación de votantes, que fue apenas del 37%. El "sí" triunfó en el plebiscito por un mínimo margen (8%), e incluso el "no" ganó en Montevideo.

TRADICION E IDEOLOGIA

En estos intrincados 25 años, donde se entrecruzan tantos acontecimientos de significación en la vida de los partidos, los contenidos ideológicos fueron quedando cada vez más desdibujados o difusos Salvados los casos de Quijano, Carnelli y Grauert, y con la excepción del neobatllismo, que presenta un proyecto de lineamientos relativamente claros, no resulta fácil caracterizar ideológicamente a los demás grupos y sub-grupos que animaron la vida de ambos partidos en estos años. Más Allá de las posturas conservadoras señaladas, sostenidas con persistencia pero sin una formulación uniforme, lo que abundaron fueron las frases retóricas, los objetivos no bien explicitados, la apelación a metas de momento, los postulados que solo se proponían oponerse a tal o cual aspecto de la gestión del gobierno de turno.

Y como consecuencia de esta escasa precisión ideológica, y en proporción inversa a la misma, se acentúa el recurso de convocar los valores partidistas tradicionales como elemento de cohesión. Al carecer los partidos y sus sectores, con las excepciones indicadas, de contenidos fuertemente definitorios, la tradición sirvió, invocada cada vez más de manera mecánica, como factor aglutinador a falta de otros.

EL AUMENTO DEL CLIENTELISMO

Por último, conviene indicar que en estos 25 años que median entre 1933 y 1958, se produjo un acrecentamiento desmedido de las prácticas clientelistas, que llegaron a niveles desconocidos hasta entonces. Ello fue consecuencia de esa misma carencia de convocatoria ideológica, así como de la aspereza creciente de una pugna partidaria que terminó admitiendo cualquier recurso con tal de ganarse la adhesión del ciudadano, ambientando en las gentes un repudio y un descreimiento que se reflejaron en el desprestigio de los partidos en general, y en particular del que se hallaba en el gobierno en 1958, contribuyendo a su derrota.



Ante la crisis que arreciaba, mucha gente de pueblo procuró salvarse poniéndose bajo la "protección" de alguno de los partidos tradicionales.

V - DURANTE LOS GOBIERNOS BLANCOS SE AGUDIZA LA CRISIS DE LOS DOS PARTIDOS(1958- 1966)

1. Múltiples factores de ineficacia y descrédito.

Cuando los blancos llegan al poder en 1958, la aguda crisis económica en que se hallaba sumido el país desde comienzos de la década del 50 estaba en franco desarrollo, y en el correr de los años siguientes, lejos de amainar, se hizo aún más dura. Pero a decir verdad, ninguno de los dos gobiernos blancos que se suceden hasta 1966, adoptaron medidas adecuadas para enfrentar tan dramática situación. Por el contrario, vemos que en este lapso aumentó el latifundio, se fortaleció la oligarquía terrateniente, la producción agrícola descendió con respecto a 1955, miles de familias campesinas tuvieron que abandonar sus tierras; en tanto que los sectores urbanos padecieron con no menor crudeza la política ya aceptada del Fondo Monetario Internacional, traducida en aumento de la desocupación, baja del salario, creciente conflictividad laboral, etc.. La inquietud social no dejó de aumentar, expresada en movilizaciones y choques que ambientaron mayor represión; y fue en este marco que inician su acción, como vimos, los tupamaros.

Esta crisis de fondo, lejos de propiciar una mayor cohesión de los partidos y su fortalecimiento para enfrentar la situación, pareció favorecer las divisiones internas, a la vez que faltó una política que diseñara una salida real para el país.

CAUTELAS, INHIBICIONES, DEBILIDAD

Las profundas divisiones ya existentes entre colorados y blancos (15 y 14 en aquéllos, herrerismo y UBD en éstos) sirvieron para frenar aún más la posibilidad de una respuesta coherente. Se temía propiciar medidas que provocaran nuevas emigraciones internas de adherentes, al crear expectativas para unos, desalentando las de otros. Así, las autoridades partidarias actuaban cautelosamente, evitando medidas radicales. El Partido Colorado mantenía su estructura conocida (aunque el Comité Ejecutivo Nacional sólo se reunía para conceder el uso del lema); en tanto que en el Partido Nacional cada sector respondía a su propio Directorio: el "nacionalista" del herrerismo y el de la UBD. Y por más que en el Partido blanco se habló repetidamente de constituir un "Directorio de la unidad", el proyecto no llegó a concretarse.

Este panorama de división y estas inhibiciones que fueron su consecuencia, explican que los dos partidos acentuaran aún más su ya clásico recurso de asegurarse la adhesión del electorado mediante el manejo del contenido emocional de las divisas, la proliferación del clientelismo siempre creciente y la influencia personal de los caudillos o



Las inundaciones de 1958, que diezmaron a toda la República, vinieron a llover sobre mojado: nuestro país ya venía quebrantado de antes por una verdadera crisis estructural.

líderes. Pero precisamente, en estos años desaparecen los cuatro últimos grandes conductores (Herrera, Nardone, Batlle Berres y Fernández Crespo), sumiendo a los dos partidos en una situación de desconcierto y acelerando su creciente inorganicidad.

LA CRISIS SE HACE TAMBIEN MORAL

En estos años toca fondo el desprestigio de los políticos ante la opinión pública. Sin distingos de divisa, se los ve votarse una serie de privilegios que escandalizan a la población: autorización para importar autos baratos (los célebres "colachatas", dos por legislador y por legislatura); el otorgamiento de préstamos en condiciones particularmente favorables; el artículo 383 que les otorgó a los legisladores jubilaciones privilegiadas.

A ello debe sumarse los excesos no menos escandalosos del clientelismo y sus nefastas consecuencias políticas. Se hizo frecuente ver escalar posiciones en filas partidarias a caudillejos ineptos cuyo único mérito era haber montado verdaderas oficinas para conseguir empleos o agilitar trámites jubilatorios.

Agréguese todavía el estilo agraviante con que se atacaban unos a otros desde diarios, radios y tribunas públicas. No faltaron por cierto los recursos gruesos y los golpes bajos, y ello contribuyó no poco a sembrar el escepticismo en la población, cada vez más descreída de la política y de los políticos.



Herrera y Martínez Trueba conversan de frac. El país se les había empezado a ir de las manos a los políticos y a los partidos.



El escribano Dardo Ortiz, hombre de derecha, difícilmente podía suceder al populista Fernández Crespo.

2. Los dos partidos sin sus grandes líderes.

A LA MUERTE DE HERRERA

Quizás la corriente que más se vio afectada por la desaparición de su conductor fue el herrerismo, dada la poderosísima gravitación del viejo caudillo y su liderazgo fuertemente personalista. La figura de mayor volumen a su lado era Martín R. Echegoyen, que se mantuvo fielmente por años junto a Herrera, sirviéndolo más que nada con su versación jurídica y su ascendencia de veterano legislador; pero era notoria su carencia de genuinas dotes de conductor, que lo inhabilitaban para constituirse en el líder o caudillo capaz de sustituir al formidable conductor desaparecido.

En esas condiciones, se produce un comprensible desplazamiento de los centros de poder, en favor de caudillos secundarios. Lo señaló claramente uno de los políticos herreristas más notorios por aquellos años, Washington Guadalupe: "La fuerza del herrerismo muerto Herrera (1959), radica en los caudillos locales. (...) Antes Herrera en Montevideo, hacía las listas y los caudillos locales se acomodaban a las directivas del Jefe. (...) Ahora son los caudillos de cada departamento los que hacen sus listas y acomodan su acción de acuerdo a sus conveniencias". (Citado por Alonso-Demasi).

EL RURALISMO SIN NARDONE

Se justifica incluir al ruralismo en este breve análisis, por cuanto, si bien no era un sector de ninguno de los partidos tradicionales, contribuyó decisivamente al triunfo de los blancos en el 58, en estrecha alianza con el herrerismo.

Muerto Nardone en abril de 1964, se produjo una fractura en el seno del movimiento ruralista: por un lado, aparece un sector que considera agotada la actividad política de esta corriente, y propiciaba su retorno al ámbito puramente gremial; pero a ellos se opusieron algunos dirigentes que ocupaban posiciones públicas y que quisieron mantenerse en la actividad política: fundamentalmente Benito Mederos, Juan M. Bordaberry y Juan José Gari.

FERNANDEZ CRESPO DEJA HUERFANA A LA 51

Por su parte, la desaparición en julio de 1964 del líder del Movimiento Popular Nacionalista (lista 51), provocó en dicho movimiento un verdadero caos. Los conflictos y enfrentamientos entre los dirigentes de ese sector estuvieron a punto de quebrarlo, y hasta la unidad de la propia UBD (de cuyo Directorio era presidente Fernández Crespo) corrió serio riesgo. Rodríguez Camusso y Dardo Ortiz, en posiciones radicalmente antagónicas, se perfilaron como los dirigentes con mayores posibilidades de sustituir al líder desaparecido; pero las disensiones internas y las aspiraciones de algunas otras figuras secundarias imposibilitaron toda eventual recomposición: desaparecido su conductor, el Movimiento Popular Nacionalista terminó desfibrándose en los años siguientes.

LA HERENCIA DE LUIS

En el batllismo la situación fue distinta y la desaparición del líder quincista afectó a ese grupo de otra manera. No olvidemos que estamos en 1964, a dos años de nuevas elecciones, y que las perspectivas de triunfo del batllismo parecían crecer. A la vez, su papel opositor ante los blancos sirvió también para conservar cierta cohesión a la muerte del conductor. La puja por el liderazgo se planteó entre

Alberto Abdala, Amílcar Vasconcellos y Jorge Batlle, imponiéndose éste en definitiva. No obstante, se produjeron escisiones y reagrupamientos de cierta entidad: Vasconcellos se alejó para formar la 315; por su lado, Glauco Segovia, Flores Mora, Alba Roballo y Carrere Sapriza se apartaron a su vez y constituyeron el denominado "Frente Colorado de Unidad". Abdala permaneció junto a Jorge Batlle en la 15, así como Hierro Gambardella y otros nombres de las primeras horas del "luisismo".



Zelmar Michelini tuvo la valentía de apartarse del Partido Colorado, donde estaba haciendo una deslumbrante carrera política. Quiso mantenerse fiel a sus principios, que ese partido ya no relfejaba.

3. La formación de nuevos sectores.

Otro síntoma de la situación interna de los partidos tradicionales en este período 1958-1966, lo constituye la formación en ambos de nuevos agrupamientos de perfil perfectamente definido: la 99 en el Partido Colorado, el Movimiento de Rocha en el Nacional.

QUE FUE Y POR QUE SURGIO LA 99

Poco antes de las elecciones de 1962 se constituyó un nuevo grupo dentro del Partido Colorado, que recogió corrientes desprendidas de la 15 y de la 14. De la primera se separaron Zelmar Michelini y Hugo Batalla; de la segunda, Renán Rodríguez y Enrique Martínez Moreno. Surgió así una agrupación que en aquel momento trató de conciliar los intentos progresistas de Michelini con los planteos de entonación conservadora de Renán Rodríguez.

Michelini había sido el número 1 de la joven bancada quincista cuando Luis Batlle llegó al poder por primera vez en el 54 y pronto se distinguió por su vibrante actuación parlamentaria y sus planteamientos avanzados dentro del sector. Pero cuando se produce la derrota del quincismo en el 58, Michelini planteó sus profundas discrepancias con la interpretación "oficial" que hizo la 15 de su traspié electoral. Consideraba además, según testimonio de Hugo Batalla, que la 15 se había mostrado impotente para resolver la aguda crisis del país, y poco antes de separarse llegó a augurar que, en caso de triunfar ese grupo, llevaría a cabo un gobierno de tinte conservador, semejante al de los blancos. Resulta, pues, natural su separación del grupo, vistas sus objeciones de fondo.

EL MOVIMIENTO NACIONAL DE ROCHA

Acabamos de ver que por estos años reinaba un ambiente de disidencias y enconos personales dentro del Partido Nacional, que comprometió aún más su unidad. Como reacción a ello, en marzo de 1964 se constituyó en el Partido una nueva corriente impulsada por Javier Barrios Amorín, Alberto Gallinal Heber y Alvaro Haedo, junto a otros integrantes del Nacionalismo Independiente. Uno de los principios capitales del Movimiento Nacional de Rocha fue la moralización de la política: lucha contra la demagogia y los privilegios indebidos. Como señala Zubillaga, "sostenía un programa moralizador de la función pública, cambios estructurales en el sector agropecuario e industrial, la defensa de la enseñanza pública, la defensa del trabajador, etc."

DOS DESPRENDIMIENTOS BLANCOS HACIA LA IZQUIERDA

Por estos años, se separan del Partido Nacional dos dirigentes que emigran hacia posiciones de izquierda: uno del herrerismo, Enrique R. Erro; otro de la UBD, Ariel Collazo.

Erro había sido figura de relevancia en el herrerismo: líder de la lista más votada dentro del lema en las elecciones de 1958 (la 41), fue designado por Herrera para ocupar el Ministerio de Industrias y Trabajo. Pero sus posiciones radicales y sus choques con poderosos sectores industriales, determinaron su alejamiento del cargo. En enero de 1960, Erro se retiró de su partido, convirtiéndose en severo opositor. Consideraba que era importante constituir un frente de izquierda, pero que debía quedar excluido de él el comunismo. Llegó a un entendimiento con el Partido Socialista para las elecciones de 1962, constituyéndose la Unión Popular; pero como sabemos, el experimento terminó en un resonante fracaso.

Por su parte, Ariel Collazo, diputado de la UBD, fue expulsado en 1959 de este sector por sus ideas radicales. Fundó de inmediato el Movimiento Revolucionario Oriental y buscó también la unidad de las izquierdas. Terminó integrando su grupo al Frente Izquierda de Liberación (FIDEL). Entendía que "la unidad debe hacerse con todos, y el Partido Comunista no podrá copar el movimiento si todos sus integrantes mantienen el nivel de lucha" adecuado.

LAS IDAS Y VENIDAS DE HAEDO

Por estos mismos años campeó en la política nacional una de sus figuras más populares y discutidas: la de Eduardo Víctor Haedo. Muy próximo a Herrera durante largos años, fue expulsado de filas herreristas por el caudillo, que no vaciló en acusarlo de traidor a la patria por presuntas connivencias con actividades antinacionales de corte fascista (fue entonces que le dedicó un celebérrimo titular en la primera plana de "El Debate", en el estilo pintoresco y tremendista del viejo líder: "Miserable histrión, las charcas te reclaman"...).

El ducho político así lapidado resolvió constituir un grupo propio, que fue conocido como herrerismo ortodoxo; el cual, en las elecciones de 1962, formó alianza con la UBD (ubedoxia, se le llamó burlonamente a la unión), mediante un pacto de extraordinaria complejidad. "Más que un compromiso político partidario parecía un pacto entre hampones", apuntó Roque Faraone...


El pintoresco político de la boina blanca matea con el guerrillero de la boina negra. Haedo y el Che en 1961.

4.Rondan los militares.

Un elemento nuevo en la vida pública de estos años fue la incidencia cada vez mayor que empiezan a tener los militares, premonitoria de lo que vendría después. Por ejemplo, "ante una crisis ministerial en junio de 1964, un grupo de jefes militares habría exigido el nombramiento del General (R) Pablo Moratorio (para el Ministerio de Defensa) y éste habría reclamado que todo el gabinete fuera designado por militares" (Alonso-Demasi). Otra situación delicada se planteó en 1966, cuando el entonces Consejero de Gobierno Alberto Heber ubica en puestos claves a militares ultra-derechistas (por ejemplo, al General Mario Aguerrondo como Jefe de la Región Militar Nº 1, la de mayor peso estratégico), a la vez que pretendió, sin éxito, relevar al General Líber Seregni como Jefe de la Región Militar Nº 2, encontrando la oposición de los consejeros Beltrán y Penadés.

Es significativo que por esos días no dejara de hablarse de la posibilidad de un golpe militar ("cuando el Gobierno no se apura a gobernar, los militares y la policía lo hacen por él", se decía). Todo ello fue expresión de una especie de vacío de poder, provocado por la creciente inoperancia de los partidos, a causa de sus mismas divisiones, del desprestigio de la actividad política y de la falta de un rumbo claro en la acción pública.



Alberto Heber en la presidencia del Consejo de Gobierno. Ya empezaban a escucharse inquietantes susurros castrenses.

VI - LOS PARTIDOS TRADICIONALES DURANTE EL PACHEQUISMO Y ANTE EL GOLPE MILITAR (1966-1973)

1. Las elecciones de 1966.

EL COLEGIADO, CABEZA DE TURCO

Al llegar a su término la gestión del segundo gobierno blanco, la sensación de inoperancia frente a los grandes problemas nacionales resultaba poco menos que abrumadora, y un desaliento indisimulado había ganado a la opinión pública. Sin embargo, curiosamente, la campaña electoral para 1966 no se centró en programas efectivos para conjurar la crisis económica de fondo que castigaba al país: se le echó la culpa de todos los males... al sistema colegiado, y se le hizo creer a la opinión pública que lo urgente era suprimir el ejecutivo pluripersonal para volver al presidencialismo. Esto suponía una nueva reforma de la Constitución, y en efecto se presentaron varios proyectos, entre los cuales triunfó en definitiva la llamada "reforma naranja" (recordemos el fascículo 8). El viejo tic, tan uruguayo, de suponer que los problemas estructurales pueden solucionarse con reformas de la Constitución, funcionó otra vez con éxito. El Uruguay volvía a tener un presidente; por lo tanto, todo iba a arreglarse...

POR QUE TRIUNFO GESTIDO

Ya sabemos que en las elecciones del 66 volvió a triunfar el Partido Colorado con la candidatura del General Oscar Gestido. Pero importa señalar que la victoria de esta figura con escasos perfiles de líder, resulta un indicador insuperable del desprestigio a que había llegado por entonces la política y los políticos profesionales.

Precisamente, Gestido no lo era; y ésa fue de las razones de su atractivo. No se lo conocía como hombre de partido, ni había intentado jamás la habitual carrera ascendente de los políticos profesionales a través de cargos electivos que permiten llegar hasta las más encumbradas posiciones. Su único antecedente era su pasaje por AFE donde, como presidente de su Directorio, proyectó una imagen de probidad, rectitud y eficacia administrativa: justamente, no otra cosa ansiaba una opinión pública harta de los políticos, sus rencillas, sus privilegios, su inoperancia.

Un elemento más hizo atractiva la figura de Gestido: su carácter de militar, que en ese momento era sinónimo para la opinión pública de honradez moral y eficacia ejecutiva. Y algo todavía mejor: un militar "que parecía un civil", según expresiones corrientes de la época. Todo ello se conjugó para llevar a este hombre a la presidencia, en momentos harto difíciles para el país.

LA SUSTITUCION DE LOS POLITICOS EN EL ELENCO GOBERNANTE

Tal era el desprestigio en que habían caído los políticos profesionales, incluso ante la propia oligarquía, que comienzan a ser sustituidos en puntos importantes de la conducción del nuevo gobierno, particularmente en el área económica. En su lugar, se verá pasar a los primeros planos a una tecnocracia en cuyo saber se confía más que en la habilidad del político; en incluso empiezan a aparecer en puestos de gobierno los mismos titulares del poder económico, fenómeno que se hará aún más ostensible durante el gobierno de Pacheco (fascículo 8).

2. La claudicación de los partidos ante el pachequismo.

En el fascículo recién citado, pudimos ver que con Pacheco termina definitivamente un Uruguay conciliador, que tendía a buscar cierta avenencia entre las clases para evitar confrontaciones mayores. Ello fue posible en un marco de cierto bienestar nacional, que daba posibilidad de un "reparto" menos irritante en su desigualdad. Pero cuando ese relativo margen de bienestar se agotó, ya no fue posible "contentar" a todos, por mínimo que fuera ese "contentamiento" para nuestros sectores más desposeídos. Ahora se hizo indispensable optar: mantener el privilegio de los menos, a costa del sacrificio de los más. En esto consistió la política regresiva del pachequismo. Ello supuso, inevitablemente, represión; y el pachequismo no la retaceó. Pero quede claro que esta acción regresiva y represiva del pachequismo se vio grandemente favorecida por la pasividad creciente –cómplice o irresponsable según los casos– de los partidos tradicionales y sus elencos dirigentes.

POLITICOS VACILANTES, PARLAMENTO OMISO

No significa esto que no apareciera alguna oposición a Pacheco y su autoritarismo creciente dentro de los dos partidos. En el Partido Colorado se le opusieron la 99, el grupo de Vasconcellos (315) y algunos personajes de relevancia: Abdala, Roballo, Flores Mora, Queraltó, etc. (estos tres últimos renunciaron a los ministerios que ocupaban). En cambio Jorge Batlle, con su movimiento "Unidad y Reforma", se constituyó en el sostén y el ideólogo del pachequismo en el plano económico, propiciando una línea monetarista.

También hubo opositores y avenidos a Pacheco dentro del Partido Nacional. Entre los opositores, debe contarse en primer lugar a Rodríguez Camusso (que en estos años se separó definitivamente del Partido Nacional), así como a Wilson Ferreira Aldunate, Carlos Julio Pereira y otros. En cambio aceptaron la acción pachequista Martín R. Echegoyen y Dardo Ortiz.

Pero aún las oposiciones señaladas en ambos partidos, carecieron de la firmeza necesaria como para componer un frente capaz de impedir los desbordes de fuerza de Pacheco y sus reiterados desconocimientos del Parlamento. Así, el autoritarismo fue creciendo, ambientado por las vacilaciones, los silencios o los renunciamientos de la mayoría de los políticos colorados y blancos.

LOS COQUETEOS CON LAS FUERZAS ARMADAS

Esa pasividad de los dirigentes tradicionales ante un Pacheco cada vez más ensoberbecido, se hizo aún más flagrante –y culpable– a medida que el mandatario multiplicaba sus halagos al Ejército: les otorgó aumentos salariales especiales, concedió préstamos del 30% del salario nominal a pagar en diez meses, les compró un local para la cooperativa de las Fuerzas Armadas, decretó un nuevo aumento del 44% en 1969 (cuando a los funcionarios públicos se les había otorgado apenas un 10). Esta política complaciente se reflejó también en la distribución de gastos presupuestales: por primera vez, los gastos destinados a represión (Ministerios de Defensa e Interior) superaron a los asignados a la enseñanza: 26.2% contra 24.3% respectivamente.

3. Las penosas claudicaciones llevan al golpe militar.

UNA ESCALADA DE RENUNCIAMIENTOS

Estas debilidades de los dos partidos bajo el pachequismo no terminaron ahí: por el contrario, después de las elecciones de 1971, con Bordaberry en la presidencia, se agudizaron aún más. Claudicación tras claudicación, cada paso atrás de los partidos sirvió para un mayor afianzamiento del poder militar, que advenía a ojos vistas. Los hitos más notorios y dolorosos de este descenso fueron la ley de Estado de Guerra Interna, la Ley de Seguridad del Estado, la ampliación de la jurisdicción de la justicia militar, la actitud mayoritariamente débil ante los comunicados 4 y 7 (Fascículo 8). Ante la pasividad parlamentaria – con aisladas excepciones y la oposición de los sectores de izquierda–, se hicieron oídos sordos a concretas denuncias sobre torturas en recintos militares y se toleraron reiterados pisoteos de la Constitución y la ley.

Uno de los más conspicuos políticos de entonces, votante de las leyes recién mencionadas, se lamentó tiempo después: "A la Ley de Seguridad le hicimos modificaciones que creíamos entonces que dotaría al sistema de garantías fundamentales. Nos equivocamos gravemente...". Tardío arrepentimiento, que no oculta la alarmante falta de visión ante inminencias que rompían los ojos.

SE AGRANDAN LOS MILITARES

Como era inevitable, a cada renunciamiento de los partidos tradicionales los militares se sintieron más y más impulsados a ocupar los espacios de poder que de ese modo se les brindaban. Por esos días se firmó el acuerdo deBoisso Lanza (fascículo 8), se creó el célebre COSENA (Consejo de Seguridad Nacional) y las Fuerzas Armadas ya no ocultaron su rumbo: la Junta de Comandantes atacó abiertamente a los partidos políticos y anunció que aquellas "no vacilarán en llegar hasta las últimas consecunecias en la eliminación de los obstáculos que se interpongan en el camino de la pública felicidad".

EL PASO FINAL

Poco faltaba ya para que culminara el penoso proceso. Después de Boisso Lanza, el presidente Bordaberry se refirió a lo allí acordado con estas palabras: "A través de estos medios, las Fuerzas Armadas tendrán el camino jurídico abierto para abordar la nueva misión que el Poder Ejecutivo les encomienda: en setiembre de 1971 recibieron el encargo de asumir la conducción de la lucha antisubversiva; ahora reciben la misión de dar seguridad al desarrollo nacional".

El desenlace conocido no demoró. "El señor Bordaberry, nacido presidente en el vacío, al vacío debe ser reintegrado. Como gota que vuelve a la mar", apuntaba con amargura Quijano a pocos meses del golpe militar. Por cierto que mucho más grave que el vacío de un hombre llegado casi accidentalmente al poder, fue el vacío suicida que engendraron los dos partidos tradicionales –salvo excepciones– con su falta de grandeza y coraje, su desfibramiento interno, su carencia de planes e ideologías, su alarmante sordera para escuchar lo que estaba sucediendo bajo sus pies, en ese país real que se despedazaba en medio de la parálisis de quienes estaban llamados a sacarlo adelante.



El entierro de Líber Arce. La marea represiva seguía subiendo, pero el Parlamento se agachó ante el autoritarismo.

RESUMIENDO ALGUNOS RASGOS DE LOS PARTIDOS TRADICIONALES EN ESTE SIGLO

Acabamos de ver desfilar 73 años de la existencia de estos dos partidos en el siglo XX (hasta el golpe militar). A pesar de la heterogeneidad de ambas trayectorias, conviene desprender algunos lineamientos comunes:

En ningún momento los partidos blanco y colorado tuvieron un proyecto unitario de país; y a veces en su seno coexistieron —y hasta pugnaron— más de uno, que fueron impulsados por sectores de los partidos (por ejemplo el de Batlle, o después el neobatllismo), pero no por los partidos, en cuanto tales.

En ningún momento de este siglo los partidos blanco y colorado actuaron en forma unificada: *siempre* estuvieron divididos internamente en sectores, a veces irreconciliables (lo que no les impidió votar juntos bajo el mismo lema).

Las leyes o medidas de gobierno que se aprobaron en estas décadas en el campo de la producción, la seguridad social, la educación, etc., no siempre fueron promovidas por los partidos, sino por sectores de un partido u otro, a veces conjugándose ocasionalmente con sectores del partido adversario y en oposición a sectores del propio.

Desde el punto de vista social, no se puede considerar ni al partido colorado ni al blanco como conservadores o progresistas en bloque. A lo sumo, podría señalarse que en este siglo predominó el tinte progresista en el colorado (Batlle, el neobatllismo, por ejemplo) y el conservador en el blanco (herrerismo, más claramente).

En los dos operaron corrientes progresistas (radicalismo blanco, A.N.D.S. de Quijano, algunos aspectos de la lista 51, Erro, Ariel Collazo en el Partido Nacional; y en el Colorado el reformismo de Batlle, Grauert, el neobatllismo, el grupo de Michelini).

En los dos actuaron también sectores conservadores (herrerismo, parte del nacionalismo independiente, UBD, herrerismo ortodoxo entre los blancos; riverismo, terrismo, la 14, el pachequismo entre los colorados).

Hubo reiteradas alianzas entre sectores por encima de los dos partidos (terrismo-herrerismo en el 33; batllismo-nacionalismo independiente durante la dictadura de Terra, etc.), así como entendimientos más o menos tácticos entre sectores, rebasando las fronteras partidarias.

No cabe identificar a ninguno de los dos partidos con tal o cual escenario de la vida nacional: medio rural, medio urbano. A lo sumo puede aceptarse que los blancos tuvieron mayor peso en el campo y los colorados en los medios urbanos; afirmación que debe ser manejada con todas las relativizaciones del caso.

El componente ideológico fue siempre débil y con frecuencia contradictorio en los dos partidos, especialmente en el campo económico y social. En cambio hubo sectores blancos y colorados que definieron con mayor claridad un perfil en este orden, pero sin lograr nunca la unanimidad partidaria.

En ambos partidos predominó la orientación política sobre la económico-social en la definición de sus metas y objetivos; aunque tampoco es posible identificar a uno u otro con un cuerpo coherente de postulaciones políticas definidas.

Siendo ambos partidos policlasistas, cabe señalar la mayor afinidad de uno y otro con los sectores que poseen o controlan los medios de producción: estancieros, agricultores, industriales, comerciantes, banqueros, de cuyos intereses parecieron ser los custodios políticos cuando no su instrumento promotor.

En cambio, solo ciertos sectores colorados y blancos apoyaron de modo débil, ocasional e inconsecuente a los sectores sociales bajos; y los dos partidos por igual recurrieron en distintos momentos a la represión, o la apoyaron, o la permitieron.

Para asegurarse la adhesión de las grandes masas ciudadanas, y ante la falta de una convocatoria ideológica definida y coherente, los dos partidos recurrieron por igual al poder de la tradición histórica y al prestigio de las divisas, acentuando los acontecimientos emocionales e irracionales de ambos elementos.

Otro medio para captar la adhesión ciudadana al que recurrieron los dos partidos por igual con intensidad creciente, fue el resorte clientelista, el trueque de favores a cambio del voto, que llegó con frecuencia a extremos escandalosos.

Sectores blancos y colorados, actuando concertadamente en distintos momentos de este siglo, fueron construyendo un complicado sistema electoral a través de leyes sucesivas, que tuvo por objeto asegurarse el predominio dentro de sus respectivos partidos, o cerrarle el paso a posibles alianzas suprapartidarias que hicieran peligrar la hegemonía de los dos partidos tradicionales en nuestro sistema democrático. (Ver anexo a continuación).

ANEXO I - El mecanismo de nuestras leyes electorales.

Hace pocas páginas señalábamos que nuestros partidos tradicionales pergeñaron a lo largo de los años un ingenioso y complicado sistema electoral tendiente a asegurarse su supremacía política. Conviene reseñar brevemente algunos hitos de esta habilidosa trama que todavía hoy condiciona nuestros procedimientos electorales poniendo el acento en los propósitos políticos que dieron origen a cada una de las sucesivas leyes.

1. LA LEY DE 1910

Ya hicimos ocasional referencia a la primera ley con que comienza a edificarse el complejo aparato electoral que nos caracteriza: la de 1910, donde por primera vez aparece utilizada la palabra "lema". Esta ley hizo posible que dentro de un mismo partido, caracterizado por un lema, grupos o fracciones distintos, cada cual con un sublema diferente, acumularan sus votos en la instancia suprema de la elección. Es decir que el candidato a la presidencia del sublema A podía sumar sus votos al candidato del sublema B, siempre y cuando pertenecieran al mismo partido o lema, y así derrotar al candidato C del lema adversario, aunque éste hubiera obtenido mayor número de sufragios que aquellos dos por separado.

Este hecho se repitió muchas veces en nuestra historia electoral. En vida de Batlle, este mecanismo permitía sumar los votos de los batllistas a los de los colorados que no lo eran, a pesar de que, como sabemos, éstos se oponían firmemente a las reformas que estaba impulsando por entonces el batllismo. En rigor, este sistema vino a favorecer a las minorías, que tanto podían votar dentro como fuera del lema; de modo que para asegurarse su participación dentro del mismo, fue preciso hacerles concesiones, y se entró, como vimos, en una fase de compromisos que en definitiva fortaleció el poder de negociación de las minorías (recuérdese el handicap de Manini, que le hubiera permitido ser Presidente con, apenas, el 17.5% del total de sufragios...).

Este mismo mecanismo hizo posible, por ejemplo, que dos fracciones batllistas enemigas, como lo fueron la 14 y la 15, que se combatían con extraordinaria aspereza, a la hora de la elección sumaran sus votos para darle la victoria al candidato de una u otra lista que tuviera la mayoría.

Otro ejemplo reciente de la singularidad de este sistema, lo tenemos en la elección de 1971, donde Ferreira Aldunate fue el candidato a la presidencia que obtuvo el mayor número de votos, pero no alcanzó la primera magistratura porque el lema Partido Colorado superó al lema Partido Nacional, correspondiéndole por tanto la presidencia al sublema más votado dentro del coloradismo; y así triunfó Bordaberry, a pesar de que individualmente fue superado por Ferreira.

2. LEY DEL 26 DE ABRIL DE 1934

Se votó en plena dictadura de Terra y su propósito fue privarles de derechos a los sectores que actuaban en la oposición, batllistas y nacionalistas independientes. Para lograrlo, esta ley dispuso que la propiedad de los lemas partidarios sólo se le otorgaría a quien tuviera mayoría dentro del lema; y se consideraba mayoría al grupo que contara con mayor número de legisladores. Pero ya sabemos que en aquel momento, ni el batllismo ni el nacionalismo independiente tenían legisladores en el Parlamento, por lo que se vieron privados del uso del lema...

3. LEY DE 1939

Esta nueva ley votada en las postrimerías del régimen dictatorial se propuso un objetivo diferente: como crecía la oposición al gobierno de Terra, se les prohibió a los grupos opositores utilizar, en sus denominaciones partidarias, palabras que ya figuraran en los lemas existentes (que, como vimos, pertenecían a los sectores golpistas exclusivamente). De esta manera se impedía que batllistas y nacionalistas independientes se beneficiaran invocando la tradición partidaria.

Por otro lado, y como se manejaba la posibilidad de conformar un Frente Popular con participación de todos los grupos de oposición, incluidos los de izquierda, la ley estableció que "no podrían integrarse las listas de legisladores y autoridades municipales con personas que pertenecieran a diferentes partidos"...

4. EL GOLPE BUENO MANTUVO LA LEY MALA

Producido el golpe de Estado de Baldomir, y a pesar de que con él se procuraba revertir el proceso iniciado por Terra, la ley de lemas de 1939 se dejó intacta. Es que el batllismo, vislumbrando ahora sus posibilidades ciertas de triunfar en las elecciones, abandonó la vía abstencionista y en 1940 solicitó inscribirse como sublema dentro del Partido Colorado. Es decir que se avenía a sumar sus votos con las fracciones con las cuales mantenía discrepancias profundas, incluso las que habían sostenido al régimen de Terra. Es que el batllismo, si volvía a votar dentro del lema, podía ahora ser el triunfador si su sublema obtenía mayores votos que los demás del Partido Colorado.

Esta posición fue sostenida explícitamente por Batlle Pacheco desde el diario "El Día": "...la resistencia del Batllismo a la llamada Ley de Lemas se justificó en función de las circunstancias en que fue dictada, pero que una vez desaparecidas por el restablecimiento de la normalidad cívica, sus principios fueron aceptados por corresponder con la posición que tradicionalmente tuvo nuestra colectividad política"...

5. CAMBIOS EN LA CONSTITUCION DE 1952

Por último, señalemos que la Carta aprobada en este año introdujo algunas modificaciones al sistema electoral: se permitió la acumulación de votos para cualquier cargo, pero sólo para los lemas de carácter permanente. Así, los partidos tradicionales podían mantener la fachada de su unidad, aunque ésta fuera lograda mediante arduos acuerdos en vísperas del acto electoral. De ese modo se beneficiaban con el valor afectivo de la divisa, pero cada vez se vaciaban más de contenido programático. La consecuencia fue que, cuando debieron enfrentarse a una crisis estructural como la que sacudió al país a partir de mediados de la década del 50, quedó al desnudo la falta de propuastas serias de ambos partidos, que hicieran posible la salida adelante del país.

ANEXO II - El clientelismo: una práctica funesta para nuestra democracia

A lo largo de este fascículo, así como en el fascículo 8, se aludió reiteradamente a un fenómeno que se hizo característico del funcionamiento de nuestros dos partidos: el denominado "clientelismo", que supone una peculiar relación entre los partidos y sus adherentes, basada en el favor personal. Blancos y colorados, a falta de una definición ideológica precisa, procuraron atraer a los votantes mediante el poder emocional de las divisas y la tradición histórica; pero como este resorte tendía a debilitarse con el paso del tiempo y el creciente escepticismo de la ciudadanía, los dos partidos recurrieron cada vez más al crudo otorgamiento de favores. De ese modo se estableció un pacto sin duda cínico entre el ciudadano y el partido: "si tú me das tu voto, yo te concedo lo que necesitas" (empleo público, jubilación o pensión, tarjeta de pobre, etc.). Con el paso del tiempo, este "sistema" adquirió un auge desmesurado y eclipsó en alta medida los componentes racionales e ideológicos de la opción política, contribuyendo peligrosamente a la desvirtuación del funcionamiento democrático e impulsando aún más el escepticismo de las gentes y su marcada despolitización. El motor principal de este verdadero comercio fue el club político, y su agente el dirigente seccional al servicio de tal o cual caudillo.

EL CLUB POLITICO, AGENCIA DE FAVORES

Mencionamos el origen de los clubes políticos: Batlle los concibió como escuelas ciudadanas e instrumentos de concientización política. En su tiempo proliferaron en los barrios de Montevideo y en ciudades y pueblos del Interior, y fueron imitados pronto por los blancos. Dada esa extensión que les permitía penetrar a fondo en todas las capas de la población, fue natural que los clubes se convirtieran en correas de transmisión ideales del clientelismo en auge.

Puede señalarse la existencia de dos clases de clubes: los seccionales y los funcionales. Los primeros contaban con un local estable, permanecían en funcionamiento todo el año y sus autoridades se reunían regularmente. El club funcional, en cambio, estaba formado por empleados de una misma dependencia pública o privada; y aunque coincidieran con un determinado sector laboral, su actividad no interfería para nada con la actividad del respectivo sindicato.

Entre los adherentes a un club, los había de dos clases: 1) los activistas, que participaban regularmente de la actividad del club, tanto de las tareas dirigentes como operativas; 2) y los simpatizantes, que mantenían relaciones esporádicas con el club, concurriendo sólo cuando se realizaban actos o conferencias, o tenía lugar la visita de algún político.

Tanto una clase de adherentes como la otra eran multiclasistas: las componían personas de sectores sociales medios o altos, junto a pertenecientes a las clases más desposeídas. Pero a medida que se acentuó la práctica del clientelismo, comenzaron a predominar, como es lógico, los sectores bajos que acudían al club en la esperanza de obtener beneficios concretos.

LA FIGURA DEL DIRIGENTE SECCIONAL

Este funcionamiento clientelístico de los clubes le proporcionó especial relieve a la figura del dirigente seccional, personaje por lo general de cierto ascendiente en el barrio, que será el encargado de recepcionar las aspiraciones del votante y de poner en movimiento su "influencia" y su "poder" para lograr el favor convenido. Por un lado, el dirigente seccional estaba conectado "hacia arriba" con caudillos de mayor jerarquía y un radio de acción no tan restringido como el suyo, quienes a su vez eran tributarios de otros de más enjundia, componiendo así una verdadera estructura piramidal que culminaba en el conductor o líder máximo. Todos ellos, según las necesidades, moverán sus influencias y poderes para satisfacer las demandas de los clientes.

Pero el dirigente seccional no es sólo un gestor en esa dirección ascendente: numerosos trámites los realizaba él mismo directamente, para lo cual debía mantener "contactos" con ciertos funcionarios de la Caja de Jubilaciones, del Municipio o de otras dependencias públicas (en tiempos de Pacheco su acción incluirá también la policía y el ejército). Otras veces los problemas a resolver consistían en obtener tarjetas de pobre para la asistencia médica gratuita en los hospitales, o tarjetas municipales para comprar leche más barata en los expendios; o bien se gestionaba la asistencia del Consejo del Niño o la eliminación de multas...

El dirigente seccional llegó a desarrollar un estilo propio de actuación: manejaba un lenguaje populachero y "entrador" conocía a fondo las necesidades y requerimientos de cada familia, posaba de disponible y "gaucho", alardeaba de eficacia, garantizaba el favor.

LOS DESTROZOS DEL COMERCIO ELECTORAL

El clientelismo, como quedó dicho, produjo efectos nefastos en nuestro funcionamiento democrático. Lejos de favorecer la concientización política del ciudadano y habituarlo a prácticas participativas, lo hizo descreído y cínico, convirtiendo en tráfico de favores lo que debió ser una relación conceptual y elevada entre el dirigente y su votante. El ciudadano dejó de creer en la política y en los políticos, y pronto pasó a prestarle una adhesión ciega, acrítica al partido que lo favoreció. Aceptaba sin análisis lo que su partido le indicaba, y se oponía con la misma irreflexión a lo que el partido adversario promoviera. Lo importante era que él y su familia se sintieron seguros bajo el ala protectora de tal o cual divisa cuyo contenido les resultaba indiferente. El país y la política le importaban cada vez menos; sólo le preocupaba el bienestar egoísta de los suyos, y el único instrumento que creía apto para lograrlo era el favor de tal o cual dirigente. El resultado de semejante sistema fue, claro está, devastador para el sentir democrático de nuestro pueblo. Sin embargo, los dirigentes políticos mayores y menores, puesto que se beneficiaban con este tráfico, no dejaron de impulsarlo; mientras que el ciudadano de baja politización, agobiado cada vez más por la crisis económica, no vaciló en acogerse a estos mecanismos "protectores". Conviene mostrar algunas cifras que dejan al desnudo el auge de este sistema.

FUNCIONARIOS PUBLICOS INGRESADOS EN EL AÑO 1967

Repartición del del Estado	Ingresados entre Enero y Febrero de 1967	Ingresados entre Marzo y Diciembre de 1967
Administración Central, Poder Judicial y Poder Legislativo	979	1.942
Entes de Enseñanza	135	1.904
Seguridad Social	611	26
Bancos del Estado	44	251
Empresas Públicas	744	1.563
Gobiernos Municipales	99	1.547
TOTAL	2.612	7.233

Fuente: Oficina Nacional de Servicio Civil 1er. Censo Nacional de Funcionarios Públicos (1969).

Este cuadro permite apreciar cómo aumentó el ingreso a la administración pública al día siguiente de la elección, "cumpliéndose con lo prometido".

No menos ilustrativo es el cuadro siguiente, donde se aprecia cómo aumentó el número de pasividades y cargos públicos en relación con el número de votantes, en el período que va entre 1930 y 1969:

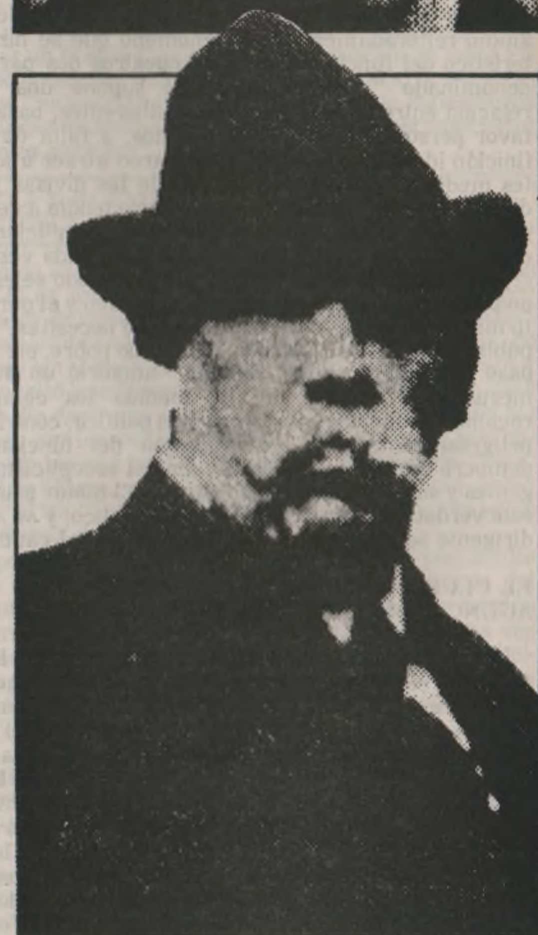
	1930	32	36	55	61	69
Miles de funcionarios públicos	30.0	52.0	57.5	166.4	193.7	213.0 (1)
Miles de pasividades (incl. jubilaciones)	48.3		73.3	196.7	278.0	429.7
% de funcionarios en relación a votantes (2)	9.4	2.4	15.3	18.9	16.5	17.3
% de pasivos en relación a votantes (2) -	15.5	s/d	19.5	22.4	27.6	34.9

(1) Los datos corresponden al 1er. Censo Nacional de Funcionarios Públicos, que no incluye al personal de tropa. El Ministerio de Defensa Nacional solo figura con funcionarios.

(2) Se toman las elecciones de 1930, 1932, 1954 y 1962. Las de 1932 registran menor participación por ser elecciones para el Consejo Nacional de Administración.

En 1971 el 52% de los electores eran pasivos o empleados públicos.





FASCICULO 9. Línea incompleta.
En la página 27
"y que corrían el riesgo de formar partidos elitistas sin arraigo popular".

BIBLIOGRAFIA

ACEVEDO, E. —"Anales históricos del Uruguay". T. V y VI. Edit. Barreiro y Ramos. Montevideo. 1934.

AGUIAR, C. —"Elecciones y partidos" en "Uruguay hoy Nº 7". Ciedur, Mdeo. 1984.

ALONSO, R. y DEMASI, C. —"Uruguay 1958-1966. Crisis y estancamiento". Editorial Banda Oriental, Montevideo. 1986.

BARRAN Y NAHUM —"Batlle, los Estancieros y el Imperio Británico" 7 tomos Editorial Banda Oriental. Montevideo. 1979-1986.

BRUSCHERA, O. —"Los partidos tradicionales en el Uruguay". Ediciones del Río de la Plata. Montevideo. 1966.

CAETANO, G. —RILLA, J. —"El joven Quijano". Editorial Banda Oriental, 1986. "Julio César Grauert una promesa truncada" en "Hoy es Historia" Montevideo, junio-julio, 1984.

CALATAYUD, J. —"Grandeza y decadencia del Partido Nacional". Editorial Liga Federal. Montevideo. 1971.

COCCHI, A. —"Nuestros partidos 2 (1943-1984)". Montevideo. Ciep. 1984.

COSTA BONINO, L. —"Crisis de los partidos tradicionales y movimiento revolucionario en el Uruguay". Editorial Banda Oriental. Mdeo. 1985.

CUADERNOS DE MARCHA. Nº 31 y 32. Nov. - Dic. Batlle. Montevideo. 1969. IIIª época. Nºs. 2-5-6. Montevideo. 1985.

D'ELIA, G. —"El movimiento sindical". Nuestra Tierra Nº 4. Montevideo. 1969. "El Uruguay neobatllista (1946-1958)". Editorial Banda Oriental. Montevideo. 1982:

ENCICLOPEDIA DE CIENCIAS SOCIALES dirigida por Sills. T. 7. Los partidos políticos. Ed. Aguilar.

ESTUDIOS Nº 7. "La Semana" de "El Día". 24-9-1983.

FABREGAT, J. —"Elecciones uruguayas". Montevideo. 1950.

FARAONE, R. —"El Uruguay en que vivimos (1900-1972)". Ed. Arca. Mdeo. 1972.

FINCH, H. —"Historia económica del Uruguay". Edit. B. Oriental. Mdeo, 1980.

FRUGONI, E. —"La revolución del machete". La Vanguardia. Bs. As. 1934.

GALLINAL, G. —"El Uruguay hacia la dictadura". Montevideo. 1938.

HAEDO, E.V. —"La caída de un régimen". Montevideo. 1936.

HIERRO GAMBARDELLA, L. —"La Convención Batllista y el golpe de estado de 1933" en "Hoy es Historia". Montevideo. Febrero-marzo. 1984.

JACOB, R. —"Del reformismo y sus impulsos (1929-33)". Seminario sobre modernización y sistema político en el Río de la Plata (1872-1933). Org. por el Claeh. Montevideo. 1982. "El Uruguay de Terra 1931-1938--. Editorial B. Oriental. Mdeo. 1983. "Benito Nardone: el ruralismo hacia el poder (1945-1958)". Ed. B. Oriental. Mdeo. 1981. "El ruralismo en el marco de la estrategia conservadora" en "Hoy es Historia". Montevideo. Abril--mayo. 1984.

JACOB, R. —"La búsqueda de la concertación en un país en crisis" en "Hoy es Historia". Montevideo. Diciembre-enero. 1985.

"LAS BASES" del 13 de enero de 1985. Edición Especial.

LOPEZ, S. —"Estado y Fuerzas Armadas en el Uruguay en el siglo XX". Editorial B. Oriental. Montevideo. 1985.

MACHADO, C. —"Historia de los orientales". Editorial B. Oriental. Mdeo. 1973.

MARONNA, FREGA, TROCHON —"Ley de lemas; la génesis de una trampa" en "Hoy es Historia". Montevideo. Agosto-setiembre. 1984.

MEZZERA, B. —"Blancos y colorados". Imp. García. Montevideo. 1952.

NAHUM, B. —"Historia uruguaya". T. VI "La época batllista" (1905-29). Editorial Banda Oriental. Mdeo. 1975.

ODDONE, J. —"Batlle". "Historia de América". Nº 12.

RAMA, G. —"El club político". Editorial Arca. Montevideo. 1971. "El ascenso de las clases medias". Enc. Uruguaya Nº 36. Mdeo. junio. 1969. "La democracia política" en Enc. Uruguaya Nº 40. Mdeo. Julio 1969.

REAL DE AZUA, C. —"La historia política" en Enc. Uruguaya Nº I. Montevideo. 1969. "Herrera; el nacionalismo agrario" en Enc. Uruguaya Nº 50 Montevideo. 1969. "Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy" en "Uruguay hoy". Bs. As. Editorial S. XXI. 1971. "Legitimidad, apoyo y partidos políticos". Ensayo de tipografía. Edit. F.C.U. Montevideo. 1969. "¿Uruguay una sociedad amortiguadora?". Ciesu-Banda Oriental. Montevideo. 1984. "Herrera. El colegiado en el Uruguay". "Historia de América". Nº 29.

REYES ABADIE, W. —"Cómo conocí a Benito Nardone" en "Hoy es Historia". Montevideo. Abril-mayo. 1984.

RIAL, J. —"Notas sobre el sistema de partidos políticos en el Uruguay" Montevideo. 1982.

TRIAS, V. —"Economía y política en el Uruguay contemporáneo". Montevideo. 1968.

VANGER, M. —"J. Batlle y Ordóñez (1903-1907)". Editorial Eudeba. "Batlle, el país modelo. (1907-1915)". Editorial Arca-Banda Oriental. 1982.

ZUBILLAGA, C. —"Herrera. La encrucijada nacionalista". Editorial Arca. Montevideo. 1976. "Radicalismo Blanco". Editorial Arca-Claeh. Montevideo. 1979.

ZUBILLAGA, C. - PEREZ, R. —"Los partidos políticos" en "Uruguay de Nuestro Tiempo". CLAEH. Montevideo. 1983.

ZUM FELDE, A. —"Proceso histórico del Uruguay". Editorial Arca. Montevideo. 1978.

Próximo fascículo Nº 11
EL FORTALECIMIENTO CRECIENTE DEL ESTADO URUGUAYO.
Ema Zaffaroni y Alfredo Decia.
Aparece el miércoles 20 de mayo.